

Introducción al desarrollo sociohistórico...

... del conocimiento psicológico
científico. Sociedad, historia, psicología
y subjetividad

Teresa Cabruja Ubach
Ana Isabel Garay Uriarte

P03/80035/00766

Índice

Introducción	5
Objetivos	9
1. El proceso de institucionalización y disciplinarización de la psicología	11
1.1. La psicología y la racionalidad científica moderna.....	11
1.1.1. Orígenes sociohistóricos de la psicología dominante y seguimiento de las directrices del conocimiento científico de la era moderna	11
1.1.2. Productividad de la disciplinarización de la psicología y relaciones saber-poder	14
1.2. Sesgos, valores e ideologías de la psicología como ciencia positivista moderna.....	15
1.2.1. El androcentrismo y el sexismo: las aportaciones de las diferentes teorías feministas.....	15
1.2.2. El etnocentrismo y la psicología aplicada: las aportaciones de la crítica etnocéntrica de la psicología de América Latina y de diferentes estudios etnoculturales.....	21
1.2.3. Los efectos autoritarios del conocimiento psicológico moderno y las aportaciones de la sociología del conocimiento científico	23
2. La crisis de la psicología científica moderna: características y nuevas propuestas	26
2.1. Contexto sociohistórico de la crisis de la psicología científica moderna.....	26
2.2. La crítica del socioconstruccionismo y las propuestas de la psicología posmoderna	27
2.3. El sujeto de la psicología positivista y el sujeto desde la crítica socioconstruccionista	31
3. Psicología, subjetividad y actualidad: modelos de sujeto en el contexto sociohistórico actual	35
3.1. La construcción del sujeto desde la modernidad: las aportaciones de Foucault y Elias	35
3.1.1. Michel Foucault.....	35
3.1.2. Norbert Elias: el estudio del “proceso de civilización” y de las relaciones individuo-sociedad.....	38
3.2. El gobierno de la subjetividad a partir de las prácticas y discursos sobre el trabajo.....	41

Resumen	44
Actividades	45
Ejercicios de autoevaluación	45
Solucionario	46
Glosario	46
Bibliografía	46
Anexo	47

Introducción

Como estudiantes de la carrera de Psicología, seguro que ya conocéis la gran variedad de planteamientos, opciones y territorios que participan de una manera u otra en la configuración de las ideas sobre qué es, cómo ha surgido y cómo se ha desarrollado la Psicología. Para presentar las ideas que en este módulo pretendemos haceros llegar sobre un desarrollo que, de una manera u otra, ya conocéis, quizás conviene que comentemos un poco los criterios que se han seguido. La elección no ha sido nada fácil, teniendo en cuenta el gran abanico de maneras de explicar este desarrollo y el enorme número de aportaciones y transformaciones que se han producido a lo largo del tiempo. Los criterios que os expondremos a continuación a modo de introducción guían tanto los contenidos, como la organización pedagógica.

Por este motivo, en el módulo titulado “Introducción al desarrollo sociohistórico del conocimiento psicológico científico”, lo que pretendemos no es nada más que introducir “pistas” para pensar de una manera diferente lo que con frecuencia se nos ha ido presentando como desarrollo histórico y orígenes de la Psicología. En este sentido, aquí se han elegido aportaciones, teorías y lecturas representativas de cierta manera de presentar alguna de las trayectorias de la Psicología como disciplina que, por alguna razón u otra, incorporan una serie de reflexiones y controversias a perspectivas, tradiciones y metodologías que no os serán nada desconocidas. Conviene señalar que los referentes que podáis tener tras el estudio de asignaturas como *Historia de la psicología e Introducción a la psicología social*, así como *Psicología del comportamiento colectivo* constituyen marcos de conocimiento que os aportan otras fuentes indispensables para acceder al aprendizaje que aquí os proponemos. En este sentido, conocer las líneas generales de las principales corrientes de pensamiento, tanto de la Filosofía como de la Psicología, sus temas de trabajo, sus metodologías y sus debates internos o externos os será de gran ayuda. Lógicamente, esta propuesta es coherente con una comprensión de la disciplina menos ortodoxa y configurada más de preguntas y de maneras de responderlas sin demasiadas certezas, así como de la comprensión de la producción de conocimiento como una construcción colectiva y social más cargada de ejes de debate que de respuestas incuestionables. Sin embargo, conviene remarcar que ello no significa de ningún modo que carezca ni de respuestas ni de propuestas, puesto que hay y muchas. De todas formas, siempre se tratará más de una elección personalizada de lo que se asume, retiene y construye a partir de las líneas que os presentamos.

Asimismo, uno de los grandes factores incorporados en esta génesis, el del contexto histórico, no sólo constituiría una lista de acontecimientos históricos que acompañan a estos cambios, sino todo el conjunto de significados que se han constituido y los distintos contextos que han configurado tanto el debate

en las ciencias sociales como en las ciencias naturales. Contexto que, en ocasiones, está relacionado con historias de los sistemas políticos vigentes, de las relaciones internacionales, de otras más internas y más microsociológicas de cada grupo o espacio de trabajo, marcados por el mercado, las instituciones, la guerra u otras condiciones. En definitiva, por el afán de transformar las condiciones de vida de la gente y avanzar en la comprensión del funcionamiento de los seres humanos, para estudiarlos como si fueran “piedras” o como si fueran “estrellas”, en fin, también por una ingente cantidad de historias personales, motivaciones y valores culturales.

El porqué de este enfoque se debe al interés de introducir un punto de vista más sociopsicológico de las bases epistemológicas y las historias con las que se presenta el desarrollo de la Psicología como disciplina científica. No obstante, conviene que de entrada os avisemos de que será parcial e incompleto y que lo que os proponemos es tomarlo como “pistas” para tener en cuenta a la hora de vuestra formación y posterior trabajo en el medio.

Por último, y para finalizar esta introducción, queremos añadir un par de anotaciones. La primera consiste en explicar el porqué de la organización y distribución tanto crediticia como pedagógica del material que os presentamos. Como se trata de un tema complejo y amplio, y desgraciadamente todavía no disponemos de demasiados modelos a la hora de integrar las aportaciones que se han ido llevando a cabo para pensar de otras maneras el desarrollo de la Psicología, su institucionalización y algunas de las trayectorias que se desarrollan hoy día, hemos optado por presentar unas dos terceras partes del módulo en el formato de “presentación y explicación de contenidos” agrupados de la manera siguiente:

Una parte que se refiere a **cómo se ha desarrollado la Psicología para especializarse y conseguir un lugar como disciplina científica** de acuerdo con lo que eran, en su momento histórico, los requisitos exigidos y qué ha implicado en términos de **productividad**, pero también en términos de **pérdidas o dificultades** por otras maneras de trabajar y pensar sobre la Psicología. Asimismo, hemos presentado un apartado específico donde se intentan recoger algunas de **las principales objeciones realizadas en la psicología positivista**, que han señalado firmemente su **carácter ideológico**, aunque no reconocido, así como algunos de los valores desigualitarios o marcados por el pensamiento moderno y que han impregnado toda la producción de la disciplina.

Esta parte obedece a dos motivos, uno es el de evidenciar más el carácter político del conocimiento psicológico y poner algunas dudas, al menos sobre su presumible neutralidad. El otro motivo consiste en indicar la cantidad de aportaciones y desarrollos, aunque no podemos recogerlos aquí, que también participan, aunque no se citen habitualmente, en el desarrollo del conocimiento psicológico.

Una segunda anotación que queremos hacer constar es que presentamos algunos de los factores y características que han participado en la crisis que en los años setenta se ha notado en la Psicología y que ha generado una gran canti-

dad de cambios, muchos de los cuales nos los encontramos en los planteamientos actuales. Así como algunas de las nuevas tendencias en Psicología, las denominadas **postmodernas** o las que incorporan la deconstrucción y la interpretación como herramientas de trabajo.

Y, por último, como no podemos hablar de la Psicología sin referirnos a cuál es su “objeto” de estudio; es decir, el “sujeto”, presentaremos algunas de las aportaciones filosóficas y sociológicas que más han tratado este tema y que han influido directa o indirectamente en los cambios actuales sobre cómo pensamos sobre “la persona”, o la “identidad” o la misma idea de “sujeto” histórico, político, disciplinario, colectivo o individual, sexuado, etc. y que fundamentan nuevas maneras de pensar y de intervenir en el mundo contemporáneo. También por esta razón, hemos incluido como ejemplo de qué manera vivimos actualmente dentro de la construcción de un sujeto, por ejemplo el sujeto del trabajo, que posee un papel capital en la sociedad y el mundo global.

Para finalizar, queremos destacar que hemos considerado que podría ser de gran ayuda en una asignatura como ésta **reservar un espacio y un tiempo para leer directamente** algunos de los escritos que son referentes claros de lo que explicamos a lo largo del módulo. Por este motivo, al final, encontraréis una **actividad de lectura**, que hemos **contabilizado más o menos como una tercera parte del módulo** y que va acompañada de la selección de tres textos que recogen algunos de los conceptos y explicaciones significativos, para entender desde nuestro punto de vista, algunas de estas vías sociohistóricas. Para cada texto adjuntamos una guía breve de lectura que debería permitir la sugerencia de respuestas o reflexiones a cuestiones genéricas, así como a temas más concretos que se remarcan y se afirman. No obstante, quedan muchas más lecturas y debates sobre estos textos que dejamos abiertos a vuestro interés. Esta decisión obedece a la posibilidad de garantizar el conocimiento de la complejidad y, al mismo tiempo, la originalidad con la que se ha pensado sobre la actualidad, la Psicología, su recorrido y sus posibilidades.

De acuerdo con lo que acabamos de exponer en esta introducción, en el cuadro siguiente os hacemos llegar una pequeña síntesis de los temas que se tratarán en el módulo, siguiendo las dos propuestas didácticas comentadas con anterioridad y que recogen las ideas anteriores.

Síntesis de los temas que se tratarán en el módulo:

- El proceso de institucionalización y desarrollo de la Psicología como disciplina: el estudio de la psicología individual y el de la psicología del grupo.
- Las características básicas de la psicología positivista y sus efectos.
- La ideología y los sesgos de la práctica teórico-profesional de la Psicología.

- La necesidad de incluir lo simbólico y lo imaginario en el estudio de los seres humanos.
- La importancia del lenguaje en la configuración de la realidad.
- La crisis de la psicología positivista: efectos en los paradigmas dominantes y paradigmas emergentes.
- Las nuevas aportaciones de la Psicología: la deconstrucción, la psicología posmoderna y el socioconstruccionismo.
- Psicología, ciencia y política.
- El análisis de los modelos de persona y los conceptos de sujeto que conforman los paradigmas fundamentales de la Psicología.

Objetivos

Los objetivos que el estudiante debe ser capaz de alcanzar son los siguientes:

- 1.** Conocer y reflexionar sobre las condiciones sociohistóricas que han hecho posible el desarrollo de la Psicología como una disciplina especializada del conocimiento científico de la modernidad en Occidente.
- 2.** Entender el proceso de la institucionalización de la psicología científica como disciplina de saber. Conocer y valorar las fases y características internas y externas de sus aportaciones, recorridos, temáticas y metodologías utilizadas.
- 3.** Relacionar y reflexionar sobre las particularidades del proceso de surgimiento, integración disciplinaria e institucional en los diferentes contextos sociohistóricos sobre cuya base se han constituido las ideas de sujeto, las cuales han guiado el conocimiento psicológico sobre las personas como seres individuales y en colectividad, a partir de lo siguiente:
 - a) Reconocer cómo las diferentes especializaciones han presentado un modelo de sujeto y persona humana según el cual trabajan diferentes ramas y/o diferentes paradigmas de la Psicología.
 - b) Presentar y procurar instrumentos analíticos para entender los cambios en este sujeto de la psicología contemporánea a partir de las aportaciones de la filosofía y la sociología.
 - c) Entender y reflexionar sobre las transformaciones sociales actuales y sus efectos tanto para el desarrollo de la Psicología, como para el rol que esta especialización de las ciencias humanas cumple en nuestras organizaciones sociales.
 - d) Valorar la formación del tipo de sujeto requerido para la especialización de la Psicología como disciplina científica y para legitimar su profesionalización.

1. El proceso de institucionalización y disciplinarización de la Psicología

Para introducirnos en la reflexión sobre la institucionalización y disciplinarización de la Psicología, presentaremos en este apartado su contextualización dentro de la racionalidad moderna y las condiciones sociopolíticas e ideológicas que la constituyen.

1.1. La Psicología y la racionalidad científica moderna

1.1.1. Orígenes sociohistóricos de la psicología dominante y seguimiento de las directrices del conocimiento científico de la era moderna

Quizá os haya sorprendido que, en un principio, nos refiriéramos a la idea de “psicología dominante”. Sin embargo, seguramente ya habéis podido observar que existen maneras muy diferentes de entender y explicar qué es psicología y cómo hacerla. Puesto que, para poner un ejemplo, conseguir aprender sin dificultades, no tener insomnio, cambiar las condiciones de vida de una comunidad concreta o proporcionar recursos para transformar una situación de desigualdad social, tanto si es a partir del “habla terapéutica”, de administrar una serie de técnicas diferentes, como si es dando a conocer capacidades y posibilidades individuales y grupales, se puede llevar a cabo de maneras muy diferentes.

De hecho, las cuestiones que deben plantearse no son tanto si funcionan mejor o peor o cuál es el porcentaje de éxito, aunque éstas también serían importantes, sino **si se podría plantear de otra manera, cambiar el objetivo de intervención o a quién o a qué beneficia** hacerlo de una manera determinada. Así pues, y para que no se produzcan confusiones, conviene decir que la riqueza y diversidad de propuestas, ofertas y soluciones es muy amplia y compleja. Sin embargo, no podemos dejar de mirar cómo la Psicología que se va institucionalizando y que se convierte en la dominante, es decir, también la que encontramos en la mayoría de manuales de Psicología o de historias de la Psicología, se caracteriza por el seguimiento de las directrices del conocimiento científico de la era moderna, por aplicar los métodos de la ciencia natural y las asunciones de las bases principales del pensamiento occidental moderno. 

Si intentárais explicar qué implica este seguimiento a un amigo o a una amiga, con cierto detalle, seguramente, os encontraríais con alguna dificultad. ¿Por dónde se debería empezar? ¿Qué sería lo más importante? O, ¿qué sería lo más claro?

O, ¿lo más representativo?, etc. De las muchas posibilidades, una sería la de denominar los temas más conocidos, o quizá también las maneras (metodologías) de investigar o de intervenir psicológicamente. Se podrían explicar, asimismo, las diferentes ramas o especialidades de la Psicología, algunos avances o ideas que ha aportado al conocimiento de los seres humanos y sus relaciones, u otra posibilidad sería la de intentar poner algún ejemplo. Si partimos de la base de que existe una serie de conocimientos considerados como fundamentales para el estudio de la Psicología, entonces fácilmente os encontraréis con el hecho de que coincidiréis en una serie de puntos comunes, con independencia del grado de acuerdo. ¿Por qué? Justo por el efecto que tiene la transmisión del conocimiento en el ámbito pedagógico, comunicacional e institucional.

A continuación, elaboramos una lista breve que puede ayudar a situar un poco algunas de las características que no sólo se estudian en materias concretas, sino que, de hecho, se van descubriendo y reencontrando a lo largo de los estudios de esta carrera.

Se puede decir que la Psicología, al seguir la racionalidad positivista e intentar ser considerada como ciencia, procede, como mínimo, a lo siguiente:

- a) **Delimitar la materia** de estudio. Tanto si es la naturaleza de la mente, como la del comportamiento o de la neurofisiología humana, bajo la premisa de que hay una parcela de mundo por conocer.
- b) **Buscar “propiedades universales”**, principios o leyes que sirvan para la “predicción”.
- c) **Crear en un método libre de ideologías y valores** y capaz de llevar el conocimiento a la verdad, junto con la idea de que este último va progresando.

Sin embargo, en la actualidad podemos pensar que por el hecho de seguir punto por punto las bases de la racionalidad moderna y forzar a la Psicología a adaptarse a sus requerimientos para obtener este reconocimiento como “ciencia”, se hayan descuidado muchas cosas. 

Ibáñez (1991) explica las consecuencias de estos esfuerzos en el caso concreto de la Psicología Social planteadas como **simulaciones** fruto de los requerimientos de la racionalidad científica. Podemos adaptar esta exposición para la mayor parte de la Psicología que ha ido haciendo “como si” una serie de aspectos no existieran o no fueran importantes o se pudieran dejar de lado (tal como lo presenta este autor), y que utilizaremos para dar una idea de las consecuencias que han supuesto de una manera más general.

Así pues, tenemos que la psicología científica positivista ha ido haciendo “como si...”

1) no existiera el carácter intrínsecamente histórico de sus objetos de investigación. Puesto que el ideal de inteligibilidad que guía la racionalidad científica estipula que sólo puede ser ciencia lo que es general y que el conocimiento científico debe trascender los contenidos concretos y peculiares. Se ha procedido a rechazar la historicidad de los objetos sociales, optando por “descubrir” principios generales. Esta estrategia de investigación vaciaba los fenómenos investigados, tales como aspectos de la “mente”, del comportamiento individual o colectivo, de todo su contenido social.

2) no siguiera la mayoría de dinámicas y prácticas de las instituciones. La Psicología también ha obviado que la institución en la que está incrustada; es decir, la científica, no sea por sí sola una producción sociohistórica.

3) la mejor manera de explicar el mundo social y el funcionamiento de las personas fuera a partir de la experimentación y las cifras estadísticas. De tal manera que la Psicología ha presentado las herramientas estadísticas y la experimentación como el procedimiento corriente para conseguir un conocimiento válido de los fenómenos psicológicos y sociales.

Estas características de la psicología científica se entienden como consecuencia de la mitificación del positivismo y el no reconocimiento de la ideología moderna dentro de la que está inscrita. Lo que tampoco significa, tal como con frecuencia se ha planteado de manera demasiado sencilla y polarizada, abrirse a la arbitrariedad, sino más bien, y tal como Ibáñez (1991) defiende, reconocer que no existe un metanivel donde pueden encontrarse criterios estables y ahistóricos, que definan lo que es verdad y, por otro lado, aceptar que no existen procedimientos decisionales algorítmicos para sustituir nuestros procedimientos definidos desde una perspectiva humana cuando elegimos entre teorías. !

Lo que acabamos de exponer sería una condición indispensable para avanzar hacia la inclusión de aquello que es social, reconocer que todo fenómeno social es intrínsecamente histórico. Es decir, que al menos parcialmente, resulta de las convenciones lingüísticas de los juegos del lenguaje y de las tradiciones socioculturales vinculadas al momento histórico, tal como veremos más adelante.

De hecho, el temor de la psicología moderna de no ser ciencia ha conducido a lo que la psicóloga Celia Kitinger (1990) denomina **la retórica de la pseudociencia**, que consiste en ir refiriéndose a lo que debería hacer o dejar de hacer la Psicología para ser considerada ciencia, y entendiendo pseudociencia como ciencia mala, falsa o equivocada. Consistiría en una manera de poner en alerta sobre la poca seriedad o rigor de lo que se expone o lee. !

Ejemplo de la retórica de la pseudociencia

“La depresión posnatal no es un término ‘científico’, sino ideológico. Mistifica los factores reales médicos y sociales que llevan a las madres a la infelicidad” (Extraído de C. Kitinger, 1990).

Tal como podéis observar, se establece una diferencia tanto entre los términos, como en su clasificación. Es decir, si se consideran adecuadamente científicos o no y, como consecuencia, también sobre qué es “real” y qué no lo es.

Este tipo de retórica se ha utilizado con gran frecuencia con la convicción de que servía para desacreditar ciertos trabajos. No se trata de un caso aislado, sino de que la retórica de la pseudociencia está bastante institucionalizada dentro de la Psicología y constituye una parte del ritual de la escritura psicológica académica. De hecho, os podéis fijar en cómo en una gran mayoría de los escritos de la disciplina se van encontrando referencias como la anterior.

1.1.2. Productividad de la disciplinarización de la Psicología y relaciones saber-poder

Ahora bien, lo que hemos visto en el subapartado “Orígenes sociohistóricos de la psicología dominante y seguimiento de las directrices del conocimiento científico de la era moderna”, ¿significa que, por el hecho de que la Psicología haya realizado un recorrido disciplinario acercándose al de las ciencias positivistas y de acuerdo con los supuestos de la racionalidad moderna, el conocimiento que ha producido no sea interesante? Obviamente, no. Otra cuestión es entender los efectos y los contextos en que se ha producido, así como los implícitos que la han sostenido. Sin embargo, y antes de seguir en esta exposición, vale la pena mencionar el carácter “**productivo**” de la Psicología. Las relaciones saber-poder inseparables, tal como analizó Foucault en la institucionalización del conocimiento occidental desde el siglo XVIII, implican un doble carácter productivo y regulador al mismo tiempo. Y, de hecho, a pesar de las impresiones que con frecuencia se forman del análisis desarrollado por este autor, el estudio foucaultiano del poder no se centra en los procesos de represión o coacción, sino en su **versión estratégica, en su capacidad creadora y constructora de realidad.** 

Se reconoce la importancia de la Psicología en la producción de algunos aparatos de regulación social que afectan a nuestra vida cotidiana. Ello no es, como se podría pensar en un principio, en el sentido de que la Psicología oprima y limite a los individuos, sino más bien entendiendo la **Psicología como productiva**, puesto que, para decirlo de otra manera, sería entender que, por un lado, crea maneras de hablar y conocer a partir de la elección y utilización de instrumentos y conceptos que sirvan para explicar fenómenos de las maneras de ser de las personas, describir sus características, poderlas distinguir e intervenir en ellos; sin embargo, a su vez, la manera, el punto de vista y las concepciones que se utilizan para esta selección, etiquetado e intervención están todas íntimamente vinculadas a circunstancias y tradiciones ideológicas.

Carácter productivo y, al mismo tiempo, regulativo de la Psicología:

- a) Constituye subjetividades, identidades y nuevos vocabularios para referirse a los sentimientos, emociones, razonamientos, acciones y relaciones humanas.

- b) Ayuda a construir la forma de la individualidad moderna tal como nos es más conocida.
- c) Constituye nuevos sectores de la realidad que con anterioridad no estaban formulados y concretados de este modo y, al mismo tiempo, no está exenta de una determinada significación política.

Por ejemplo, difícilmente podemos imaginarnos que en la Edad Media hablaran del **complejo de Edipo** o de la **frustración** de alguien, para utilizar terminologías del psicoanálisis o el conductismo que, al menos en ciertos sectores, hoy día forman parte de un simbólico compartido.

Ahora bien, si antes hemos mencionado el carácter productivo de la Psicología, debemos considerar que, especialmente en Europa y Norteamérica, territorios donde se ha desarrollado la psicología académica mayoritariamente, también podemos observar la clara participación en la regulación del orden social. 

Así, se incorporan tanto programas de gobierno de la vida económica y cívica de las poblaciones, como ayudas a la creación de nuevos instrumentos, de profesionales, técnicos, y vocabularios que colaboren, participen y legitimen dichas acciones. Para el gobierno de una población, país o persona, es preciso tener y disponer de imágenes y representaciones de las características de lo que se constituye como objetivo. Por este motivo, estos conceptos y lenguajes no sólo legitimarían el poder o mistificarían la dominación, sino que actualmente constituyen sectores nuevos de la realidad y hacen practicables nuevos aspectos de la existencia.

Ello nos ayuda a entender mejor cómo la psicología moderna participa en la regulación social de la vida cotidiana. La Psicología, insertada en las prácticas sociales modernas, ha ayudado a constituir la verdadera forma de la individualidad moderna, a partir de producir explicaciones sobre las personas, o bien identificando problemas. Ambas maneras no quedan exentas de estas posiciones políticas específicas.



Tom Tit, *La Science amusante*, 1889

1.2. Sesgos, valores e ideologías de la Psicología como ciencia positivista moderna

1.2.1. El androcentrismo y el sexismo: las aportaciones de las diferentes teorías feministas

Tal como os podéis imaginar, una de las cuestiones importantes es la crítica que se ha hecho al pensamiento científico moderno respecto a su sexismo y su androcentrismo. No sólo se trata, por ejemplo, del hecho de que en determi-

nados momentos históricos, o según las clases sociales, creencias religiosas o diversidades culturales, las mujeres no accedan a los estudios, sino también que, el hecho de que las mujeres se integren en las escuelas y en la universidad y, en general, en la cultura institucionalizada, también implica repensar la manera como hasta entonces se había ido construyendo el conocimiento dominante y como, todavía ahora, por más que parezca que ya se ha superado esta etapa, continúan vigentes algunas de sus versiones. Sólo si prestamos atención a cuáles son las lógicas que dirigen prohibiciones y obligaciones por lo que respecta a los hombres y a las mujeres, podemos entender otras situaciones que pueden reproducir de otro modo sistemas bastante parecidos de dominación, marginación o desigualdad.

Por este motivo, vale la pena, como punto de partida, aunque en la actualidad ya se han dado a conocer bastantes cosas sobre el tema, tener en cuenta las diferencias entre dos conceptos con frecuencia utilizados para referirse a estos sesgos, ideologías, valores y prácticas que han marcado el conocimiento de la ciencia positivista. Que han marcado, fundamentalmente, el discurso logico-científico, así como su sujeto, tal como veremos a continuación. Estos dos conceptos son el de **sexismo** y el de **androcentrismo**.

“Las científicas siguen chocando contra prejuicios muy arraigados”

Hebe Vessuri. Socióloga de la ciencia.

Hebe Vessuri (Buenos Aires, 1942) es doctora en antropología por la Universidad de Oxford y en la actualidad investiga sobre sociología de la ciencia en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, equivalente al CSIC español. Es asesora de la Unesco en sus comisiones de educación superior, ciencias sociales e indicadores políticos y está en Madrid para pronunciar la conferencia inaugural del IV Congreso Iberoamericano de Ciencia, Tecnología y Género, en el que participan cerca de 200 investigadoras, docentes y gestoras de ciencia y tecnología de casi una veintena de países, bajo la presidencia de Eulalia Pérez Sedeño.

Pregunta. ¿Qué es lo que quiere decir?

Respuesta. Trato de combinar dos aspectos diferentes: el problema de las características del sexo femenino en la participación y la construcción de ciencia y la temática del género como un ámbito de construcción teórica para ver las características del conocimiento científico que se modifican o no de acuerdo con una perspectiva más o menos femenina. Por lo tanto, hay un componente político y un componente teórico. Voy a hacer una revisión rápida para mostrar que hemos pasado de creer que el problema de la situación de la mujer en la ciencia era una cuestión de falta de acceso y que se podía arreglar colocando más mujeres en ciencia, a un segundo momento en el que vio que había otras limitaciones, porque existía una presencia mayor de mujeres en ciencia pero no una mayor influencia o una aceptación de enfoques, inquietudes ni sensibilidades para hacer la ciencia. ¿Las mujeres tenían que negar su propia diferencia para hacer ciencia? Ese momento permitió la construcción de interpretaciones teóricas muy ricas. Ahora estamos en un tercer momento, recuperando esa primera inquietud militante, pero ya con el bagaje de lo que hemos ganado de comprensión del fenómeno.

P. ¿Es un problema de números?

R. Cuando hablamos de ciencia y tecnología, particularmente en América Latina, vemos que los números son muy chiquitos, que necesitamos más gente, aunque al mismo tiempo no podemos absorber a los que se forman. Una gran universidad pública de Venezuela, la de Zulia, con 50.000 alumnos, tiene un 72% de licenciadas mujeres, y no sólo en educación o sociología, sino que son ingenieras de corrosión y cosas así. Y, sin embargo, las mujeres participan en el sistema de ciencia y tecnología de una manera muy poco visible o en tareas auxiliares.



Hebe Vessuri.
© El País. Virginia Claudio Álvarez.

Hoy día, todavía continúan vigentes...

... una gran parte de los prejuicios en el conocimiento. Tal como afirma Hebe Vessuri en *El País*, 23-07-2002, “las científicas continúan chocando con prejuicios muy arraigados” y “... El género nos permite llevar a cabo análisis de cómo se construye y cómo se puede deconstruir y conformar de maneras diferentes (las distinciones sexuales). Sin embargo, me he encontrado con científicos que cuando ven un artículo de género lo pasan porque creen que tiene que ver con telas o algo así”.

P. ¿Hay que hablar de género o de sexo?

R. El concepto de género trata de apuntar a una cierta especificidad en la reflexión. El sexo apunta a una naturalización de la distinción sexual y el género apunta a la naturaleza social y culturalmente construida, que varía de sociedad a sociedad y de tiempo en tiempo. El género nos permite hacer análisis de cómo se construye y cómo se puede deconstruir y conformar de distintas maneras. Pero me he encontrado con científicos que ven un artículo de género y lo pasan porque creen que es de telas o algo así. En todo caso, si las mujeres han encontrado útil hacer esa distinción para el análisis, tiene sentido que se haga.

P. ¿Cómo afecta a la ciencia la crisis en Latinoamérica?

R. Es un momento particularmente delicado porque mal que mal, dentro del contexto del subdesarrollo, allí habían crecido comunidades científicas más o menos grandes, eficientes, que consiguieron contribuciones interesantes a la ciencia mundial. Todo eso se ha venido deteriorando en los últimos años en los que vivimos en un estado de crisis permanente, en el que la ciencia pasa a ser una prioridad inexistente. Los políticos siguen sin entender que podrían aprovechar la ciencia y la tecnología para su beneficio.

P. ¿Qué perspectivas ve usted?

R. Yo soy pesimista. Se había logrado demostrar que hay capacidades, que la inteligencia está repartida por igual en todo el mundo, pero en este momento está todo muy caótico y no se sabe para dónde va esto.

P. ¿Qué opina de las políticas de discriminación positiva?

R. Creo que ayudan. Han sacado a la luz pública un problema que no existía, han dado visibilidad al problema de la mujer en la sociedad. Seguimos chocando contra prejuicios muy arraigados y profundos que aparecen incluso en la ciencia, donde una esperaría que la razón tuviera más peso. Se ven algunas cosas aberrantes de ejercicio del poder.

P. ¿Cómo ve el futuro de la mujer en general?

R. En este sentido sí soy optimista. A lo largo del siglo XX las mujeres han conseguido muchísimos beneficios. El futuro es nuestro, nuestro y de los hombres, tenemos que aprovechar y gozar que somos dos sexos diferentes.

P. ¿Qué estrategia necesitan las mujeres para compartir el poder?

R. Lo primero es terminar de convencerse a sí mismas, sobre todo en ciencia. El sistema no ayuda a que las mujeres tengan ese protagonismo, así que es bueno que haya mujeres que lo demuestren. A medida que la sociedad reconozca que tiene una mitad que puede aportar mucho, será posible aportarlo. Eso siempre que aún haya un futuro para la humanidad, que ahora estoy muy pesimista.

Antonio Calvo Roy (23 de julio de 2002). *El País*, p. 22.

La misma idea de lo que es la “razón”, la “racionalidad” o los “razonamientos” responde a la norma masculina y machista del mundo de la época moderna.

Para este objetivo, nos puede ser útil la diferencia que establece la psicóloga Victoria Sau, en su *Diccionario ideológico feminista* (2000). Barcelona: Icaria.

Sexismo: conjunto de todos y cada uno de los métodos utilizados por el patriarcado para poder mantener en situación de inferioridad, subordinación y explotación el sexo dominado: el femenino. El sexismo alcanza todos los ámbitos de la vida y las relaciones humanas [...] (pp. 257-259).

Androcentrismo: el hombre como medida de todas las cosas. Enfoque de un estudio, análisis o investigación desde la perspectiva masculina únicamente, y utilización posterior de los resultados como válidos para la generalidad de los individuos, hombres y mujeres. Este enfoque unilateral lo han llevado a cabo sistemáticamente los científicos, lo que ha deformado ramas de la ciencia tan importantes como la historia, la etnología, la antropología, la medicina, la psicología y otras. El enfoque androcéntrico, distorsionador de la realidad, ha sido denunciado por las mismas mujeres científicas (pp. 43-45).

Patriarcado: es una toma de poder histórica por parte de los hombres sobre las mujeres. [...] Así, Adrienne Rich señala: “El patriarcado consiste en el poder de los padres: un sistema familiar y social, ideológico y político con el que los hombres –a partir de la fuerza, la presión directa, los rituales, la tradición, la ley o el lenguaje, las costumbres, la etiqueta, es el papel que las mujeres deben interpretar para estar en cualquier circunstancia sometidas al barón” (pp. 237-239).

En este sentido, el **androcentrismo** sería una forma específica del **sexismo**. De hecho, el sexismo no dice cuál de los dos sexos sería el que funciona como norma o por encima del otro, o como centro. El androcentrismo se podría considerar como una forma específica de sexismo (Moreno, 1986) colocando al hombre en el centro. Así, podríamos hablar, por ejemplo, de un conocimiento androcéntrico, unilateral y que, en cambio, no se reconoce como parcial. En este sentido, también es preciso entender que ello no se refiere a todos los hombres, sino a unos hombres determinados y a unos ideales de masculinidad determinados, los considerados y posicionados en un sistema social concreto en lugares valorados o jerárquicamente superiores o privilegiados. De la misma manera, y tal como ya debéis conocer, sucedería con el etnocentrismo (punto de vista de una etnia como central y por encima de las otras).

Aunque las orientaciones del feminismo sobrepasan el ámbito estrictamente académico, puesto que sobre todo se trata de un movimiento social, nos referiremos a lo que han representado como críticas epistemológicas a las ciencias sociales estos últimos treinta años.

En primer lugar, la denuncia de la opresión de las mujeres y de una producción de conocimiento sexista y las consecuencias de un orden social masculino y una segunda fase con más énfasis en los análisis de las diferencias de poder también en el interior de las mujeres a raíz de las cuestiones de clase, etnia, y otros factores. En síntesis, las críticas feministas han denunciado el sesgo androcéntrico de las ciencias sociales y las ciencias duras y que han implicado una serie de desigualdades sociales. Esta tarea se ha llevado a cabo a

Machismo y feminismo en el habla cotidiana

Dentro del habla cotidiana existe un gran número de ejemplos que nos ayudan a entender cómo se manifiesta el sexismo en el lenguaje. Ello constituye, al mismo tiempo, una manera de transmitir ideas sobre los roles, los estereotipos, las identidades de hombres y mujeres, y sus atribuciones respecto a qué tipos de conocimiento se les adjudica. Sólo a modo de ejemplo, las frases siguientes y chistes tanto de mujeres como de hombres pueden ser una muestra de ello:

“Algunos de los mejores *boycouts* son mujeres.”

Groucho Marx

“El problema con algunas mujeres es que se excitan con muy poco y, entonces, se casan.”

Cher

“Soy, creo, ambiciosa, y sé exactamente lo que quiero. Si ello me hace ser una bruja, OK.”

Madonna

partir del análisis de las relaciones de género y de los sesgos sociales e ideológicos.

Se trata, básicamente, de mostrar la falacia de la representación y de la idea imperante de la historia de “grandes eventos” o de progreso, tal como sucede en la crítica posmoderna y/o pospositivista posteriormente. Desde el pensamiento feminista, con frecuencia se aboga por las microhistorias; es decir, historias que se han dejado de lado, puesto que no formaban parte de los “grandes nombres de la historia” o por otras razones respecto a los valores subyacentes de la historia del conocimiento oficial. También presentan el trabajar basándose en el valor que la intuición y los sentimientos puedan tener en la construcción del conocimiento, y no sólo en la aplicación de los criterios de la razón.

Asimismo, ponen en evidencia, por consiguiente, la ideología subyacente a cualquier producción científica. Señalan el machismo y el androcentrismo del “sujeto” y el “objeto” de la ciencia, y que tendría como consecuencias un doble efecto: el de conferir privilegio al punto de vista masculino, pero también el de situarse en una perspectiva centralista. 

En definitiva, el sesgo sexista presenta, tanto en la investigación como en la teorización llevada a cabo por la ciencia, la denuncia de la falacia de la objetividad y la neutralidad en que se basa y del carácter sexuado de su sujeto.

Esta denuncia se hace para poner de manifiesto los efectos en términos de desigualdad de géneros y de sexo mostrando los valores presentes en el discurso científico moderno y que configuran sus dicotomías básicas.

Estas oposiciones básicas del pensamiento occidental moderno se fundamentan en separar, tal como quizá ya sabéis y podéis recordar, lo que se considera “naturaleza” de lo que se considera “cultura” y, de este modo, todo lo que se deriva por asociación de ambas partes: emoción-razón, etc. que se hacen corresponder entre la diferencia masculino-femenino y la consiguiente jerarquización. La consecuencia de esta última, tal como señala Izquierdo (1988), constituye su doble legitimación: la de unos espacios o aspectos (los masculinos sobre los femeninos), así como la de una parte de la humanidad sobre la otra (la de los hombres sobre las mujeres).

Lógicamente, a pesar de los puntos en común que tienen los diferentes análisis realizados desde una visión crítica feminista al conocimiento tradicional, ya podéis pensar que no conforman una sola manera de estudiar cuáles son sus características y sus efectos. Con la finalidad de proporcionar una idea de

Karen Horney

Un ejemplo en la historia de la Psicología es Karen Horney, quien se atrevió a criticar el androcentrismo de Freud, en los años treinta.

cómo se pueden llevar a cabo estos estudios, en el cuadro siguiente se distinguen tres maneras de trabajar, como mínimo, desde el feminismo. Está basado en las diferencias que establece Harding (1986) sobre el conocimiento:

Feminismo y ciencia: epistemología y metodología	
Feminismo empiricista	Actúa identificando la ciencia "mala" (sexista y androcéntrica), para "corregirla". Por consiguiente, mantiene la confianza en el método científico y sus características.
Feminismo del "punto de vista femenino"	Defiende la particularidad de la experiencia de las mujeres.
Feminismo posmoderno	Cuestiona las asunciones científicas básicas y se separa del supuesto universalismo de la razón.

En el caso concreto de la Psicología, ha habido aportaciones (Squire, 1989) que se han preguntado hasta qué punto elaborar una psicología feminista igualitaria no hace que consideremos el grupo "mujeres" como si fuera homogéneo y deja de lado las particularidades y diferencias sociales y psicológicas que pueden haber, tal como había pasado con el grupo "hombres".

Ejemplos de cada una de estas formas de feminismo en la Psicología:

a) **Del feminismo empiricista:** un ejemplo podría ser cuando se revisan los estudios y datos de investigaciones pasadas y comprobar y/o añadir o rehacerlos teniendo en cuenta que faltan directamente las mujeres o lo femenino. Así veríamos desde experimentos realizados sólo con muestras de hombres y de los que deben extrapolarse los resultados, hasta otros donde se afirman diferencias sólo de acuerdo con la norma masculina.

b) **Del feminismo del punto de vista femenino:** intenta conseguir explicaciones, experiencias, biografías de mujeres e incluirlas o bien para explicar los procesos psicológicos, así como para rehacer la misma historia de la Psicología, o bien para proporcionar como alternativa otra manera de ser y de aproximarse a las situaciones.

c) **Del feminismo posmoderno o desconstruccionista:** ni corrige lo que se ha realizado añadiendo la mitad de la muestra, ni recuperando experiencias o formas de ver el mundo o de participar en el conocimiento que provengan de mujeres, más bien establece un replanteamiento radical de todo ello, rompiendo la dicotomía de la diferencia sexual o la de géneros en ambos sentidos y buscando alternativas que no reproduzcan las creencias anteriores ni respecto a la diferencia, ni respecto a la ciencia.

Por lo que respecta al tercer tipo de trabajo feminista, ya iréis viendo a lo largo del módulo que confluye bastante con las perspectivas posmodernas, que, por otra parte, también se han fundamentado con aportaciones anteriores llevadas a cabo desde la epistemología feminista y que han conducido al cuestionamiento de cualquier narrativa legitimadora de la verdad y de la retórica de la objetividad de la racionalidad científica.

Para resumir las aportaciones de las perspectivas críticas feministas en la Psicología, incluso con el riesgo de dejar muchos otros aspectos, como mínimo deberíamos señalar que tienen los objetivos siguientes:

- Ampliar el área de estudio en investigaciones elaboradas sólo con personas de sexo masculino.



Tal como podéis observar en el dibujo, se ironiza sobre las relaciones entre el posmodernismo, el feminismo y relaciones políticas académicas. La construcción de un conocimiento con un carácter diferente requiere esfuerzo.

- Corregir los estudios realizados sobre las diferencias de sexo y las asunciones comunes de la Psicología sobre el género con metodología diferente.
- Cambiar la idea tradicional y biológica de las diferencias de sexo por conceptos más variables que prevean otras explicaciones de las diferencias.
- Compartir la preocupación para analizar el significado de las diferencias de sexo y reinterpretarlas según otro tipo de explicaciones más relacionales.
- Procurar trabajar para reducir la desigualdad social y cambiar las situaciones de opresión y dominación o lo que las legitima.

1.2.2. El etnocentrismo y la psicología aplicada: las aportaciones de la crítica etnocéntrica de la psicología de América Latina y de diferentes estudios etnoculturales

La denuncia del etnocentrismo se había llevado a cabo desde la psicología tradicional refiriéndose al centralismo normativo y valorativo desde el cual un grupo valora otros grupos sociales y a sí mismo, con un componente favorable a la autoimagen. Pese a los estudios realizados desde la discriminación y la categorización social, la crítica fuerte del etnocentrismo de la mayoría de la psicología dominante, eurocéntrica u occidental o blanca, se ha notado con más fuerza a partir de los años setenta. 

De hecho, una gran parte de lo que hemos desarrollado como características y procedimientos del androcentrismo del conocimiento científico es aplicable a lo que constituye tanto los fundamentos, como el ejercicio de una gran parte de la investigación psicológica positivista. En este sentido, el planteamiento de los problemas o temas de estudio, el enfoque y las actitudes o valores internos que los han guiado han provenido mayoritariamente de un punto de vista dominante.

Empezando por el hecho de que con frecuencia la mayoría de las investigaciones y la recopilación de datos se han llevado a cabo en Estados Unidos o en Europa, así como que en estos lugares se ha realizado desde una perspectiva y clase o grupos sociales muy concretos, e incluso que las bases epistemológicas del saber seguramente son testimonio de ello: con todo esto os podéis hacer fácilmente una idea. Los trabajos realizados en otros continentes, países o grupos, con frecuencia no han sido incluidos, favorecidos o promovidos. Y aquí es preciso pensar en la psicología en América Latina y América Central, la asiática y la producida por estudios africanos u otros grupos culturales y étnicos.

Por otro lado, sí que existe un tipo de llamamiento a la incorporación de las voces de los “otros” y de los cambios históricos en la mayoría de los trabajos postestructuralistas y del construccionismo social (Henriques et al. 1990; Gergen, 1989; etc.), y en trabajos desde perspectivas feministas (Wilkinson, 1986; Condor, 1986; etc.). Sin embargo, no ha estado exento de controversias por estos mismos grupos, aunque aquí no lo abordaremos. !

Sin embargo es preciso, como mínimo, recurrir a la epistemología feminista y postcolonial, como puntos de referencia del conocimiento que la Psicología hace y excluye. Ello implica ir más allá de permitir, simplemente, que hablen o se incluya a los “oprimidos”, “marginados”, “resistentes” en una historia y actualidad de la Psicología, hasta ahora bastante débil.

Propiciar el “diálogo” por parte de la psicología con otras disciplinas que viven transformaciones similares, desde la filosofía hasta la sociología, pasando por la historia y la antropología, es constante, desde una perspectiva que quiera ser postmoderna, tanto por lo que respecta a la disolución de las fronteras tan marcadas entre disciplinas, como por el proceso paralelo de buscar nuevas concepciones teóricas. Esta “nueva alianza” la vemos propuesta tanto por Gergen (1988 y 1989b), como por Bruner (1990) o Ibáñez (1990a y 1991). En el apartado de actividades realizaremos un análisis minucioso de estos textos.

El tema de la alteridad adopta diferentes formas. Sólo a modo de ejemplo, recordemos cómo a partir de la influencia de la antropología y la etnología se revisa el mismo rol del/de la investigador/a tratado como “otro” diferente. Las consecuencias las podemos hallar en la metodología, la “mirada” o “enfoque” que se dirige al sujeto, grupos o entidades, donde también la exterioridad se ve desde otro punto de vista y, lógicamente, la inclusión de la situación sociohistórica de la investigación y el cambio del papel del investigador o de la investigadora.

A raíz de los cambios posmodernos se produce un cambio en la consideración de la actividad del investigador o de la investigadora que hasta ahora era el observador distanciado que se dedicaba a verificar las teorías. A partir de aquí, se empieza a cuestionar la misma racionalidad, la mente, el lugar de la representación de la realidad, así como el papel del lenguaje y, lógicamente, las consecuencias no sólo constituyen un cambio en los temas de investigación, sino también con la implicación personal. Asimismo, se impone un repaso de los instrumentos creados, así como la inserción de las prácticas en las condiciones sociohistóricas de la vida cotidiana. También es conveniente practicar en el ejercicio de deshacer con cierta periodicidad las propias obras. En el módulo “Estructuras y desarrollo de la Psicología Científica moderna y los

Lecturas recomendadas

- I. Martín Baró (1983). *Acción e Ideología. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA.
- I. Martín Baró (1989). *Sistema, grupo y poder. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- M. Montero (coord.) (1991). *Acción y discurso. Problemas de Psicología Política en América Latina*. Caracas: Eduven.
- M. Montero (coord.) (1994). *Construcción y crítica de la psicología social*. Barcelona: Anthropos.
- A. Moreno Olmedo (1993). *El aro y la trama. Episteme, modernidad y pueblo*. Caracas: Centro de Investigaciones Populares.

cambios posteriores” encontraréis desarrollado con más detalles todo lo relacionado con la metodología.

1.2.3. Los efectos autoritarios del conocimiento psicológico moderno y las aportaciones de la sociología del conocimiento científico

Existen dos aspectos cruciales, desde nuestro punto de vista, y que es preciso destacar sobre el porqué de este cuestionamiento de la psicología positivista.

Uno de los mismos tiene que ver, tal como indicábamos en el subapartado “Productividad de la disciplinarización de la Psicología y relaciones saber-poder”, con el aspecto productivo y, al mismo tiempo, regulativo de la Psicología. Ello ha comportado en las prácticas sociales e institucionales un gran número de efectos autoritarios manifestados en diferentes grados y con diferente fuerza.

Este carácter autoritario es producto del desarrollo de una serie de tecnologías que participan en el gobierno y la dirección de la población. Y, tal como os encontraréis más adelante –en el apartado “Psicología, subjetividad y actualidad: modelos de sujeto en el contexto sociohistórico actual” de este módulo– y como podéis haber ido deduciendo, un factor central radica en conseguirlo no de una manera coercitiva, que sería muy evidente y rechazable, sino de una manera más sutil y complicada, conectando esta diversidad de factores que participan en el desarrollo e institucionalización del conocimiento y que posibilitan su ejercicio diferido. 

Así, podemos entender cómo, a causa de la complejidad de la sociedad y de sus relaciones, las formas desarrolladas para gobernar pasan con frecuencia por mecanismos sofisticados que, por ejemplo, pueden ir desde desmotivar a las personas para la acción colectiva y hacer pensar que es mejor resolver las situaciones desde el punto de vista individual, hasta centrar la atención en la violencia interpersonal en lugar de la violencia institucional y otros casos similares. En éstos, por un lado, se activan los especialistas para actuar sobre estas situaciones y, por otro, se van reduciendo las maneras de pensarlos o afrontarlos desde perspectivas alternativas. Por ello, es tan interesante poder intervenir intentando considerar e incluir otros aspectos que con frecuencia quedan aparca-dos definitivamente o, como mínimo, dejados de lado temporalmente.

Tal como ha señalado Ibáñez (1994), no sólo es política la selección y delimitación de lo que son “problemas” o “áreas” de estudio o donde se interviene y qué se promueve. Lo que es político es la relación entre el campo político y el del conocimiento psicológico y social. Y, tal como este mismo autor señala, **el carácter involuntariamente autoritario de la psico-**

Un ejemplo de los valores y efectos...

... de las bases con las que opera el conocimiento científico lo vemos al analizar el tipo de discursos con que se hace referencia a las nuevas tecnologías de reproducción. Así, por ejemplo, tenemos una presentación de las NTR como única posibilidad para la concepción como válida, nueva y con valores asumidos como, por ejemplo, sobre la maternidad y la ciencia (Garay, 1999), y la presentación del éxito de estas técnicas como legitimación del progreso tecnocientífico.

logía instituida, al pensar que las cosas son las que son (los hechos) y que sólo es preciso dedicarse a ir las encontrando (con objetividad y neutralidad). 

Justo al pensar que nos podemos separar de la subjetividad como “científicos” y como “psicólogos” ya provocamos, como mínimo, una “desresponsabilización de la Psicología”, sobre lo que dice y propone, haciendo que quede libre de sospecha y de cuestionamiento, legitimado de verdad. A menudo, se dirige la responsabilidad al ejercicio correcto y ético de la profesionalidad.

Otro aspecto primordial, a raíz de las aportaciones de la sociología del conocimiento científico más reciente, se refiere a lo que sucede en el campo de la experimentación y la investigación psicológica hasta llegar a redimensionar los conceptos y marcos de operación de la disciplina.

Los puntos más conocidos de estas líneas de trabajo son el énfasis en el carácter sociohistórico de la actividad científica y en el trabajo etnográfico sobre su procedimiento. En el módulo “Estructuras y desarrollo de la psicología científica moderna y los cambios posteriores” encontraréis más información sobre esta perspectiva; sin embargo, aquí es pertinente recordar el peso de las aportaciones.

Como ejemplo, presentamos unos fragmentos del libro *Exercicis d'estil* de Raymond Queneau, donde se encuentran ciento noventa y cinco descripciones diferentes del mismo hecho y que podéis encontrar bien analizado en Gergen (1989). Estos fragmentos os proporcionarán una idea de la construcción de la objetividad y su particular relación con la realidad. Si os fijáis en el primer relato, prácticamente no se ve demasiado claro qué ha pasado; en el segundo, en cambio, el relato parece más preciso, y el tercero es, por decirlo de algún modo, “demasiado preciso”.

a) “En el centro del día, tirado en la pila de las sardinas migratorias de un coleóptero de abdomen blanquecino, un pollito de largo cuello plumado de repente arengó una, pacífica, de entre las mismas y su lenguaje se desplegó por los aires, húmedo de una protesta. Seguidamente, atraído por un vacío, el pajarito se precipitó por el mismo.

En un aletargado desierto urbano, lo volví a ver aquel mismo día cuando le picaban la cresta por un botón cualquiera.”

b) “A la S, a una hora punta. Un hombre de unos veintiséis años, sombrero mullido con cordón en lugar de cinta, cuello demasiado largo, como si se lo hubieran estirado. La gente va bajando. El hombre en cuestión se enrabia con un vecino. Se le queja de que le empuje cada vez que pasa alguien. Tono lloroso que quiere pasar por enfurruñamiento. Cuando ve un asiento libre, se precipita al mismo.

Al cabo de dos horas, lo encuentro en la Cour de Rome, frente a la estación de Saint-Lazare. Está con un compañero que le dice: “Deberías hacer que te pongan un botón suplementario en el abrigo”. Le indica dónde (en el escote) y por qué.”

c) “A las 12 h 17, en un autobús de la línea S de 10 metros de largo, 2,1 de ancho, 3,5 de alto, a 3 km 600 de su punto de partida, cuando iba cargado con 48 personas, un individuo de sexo masculino, de 27 años 2 meses 8 días de edad, altura 1 m 72 y 65 kg de peso

y que llevaba en la cabeza un sombrero de 17 centímetros de alto, cuya copa estaba envuelta por una cinta de 35 centímetros de largo, interpela un hombre de 48 años 4 meses 3 días de edad, altura 1,68 y 77 kg de peso, por medio de 14 palabras, cuya enunciación duró 5 segundos y que hacen alusión a unos desplazamientos involuntarios de 15 a 20 milímetros. A continuación, se sentó a unos 2 m 10 centímetros.

Al cabo de 118 minutos, se encontraba a 10 metros de la estación de Saint-Lazare, entrada de cercanías, y se paseaba arriba y abajo en un trayecto de 30 m con un compañero de 28 años de edad, altura 1 m 70 y 71 kg de peso, que le aconsejó en 15 palabras que desplazara 5 centímetros, en la dirección del cenit, un botón de 3 centímetros de diámetro.”

Extracto traducido de: Raymond Queneau (1947). *Exercicis d'estil*. Barcelona: Edicions dels quaderns crema, 1989.

Tal como podéis observar, a partir de aquí, se hace más fácil entender la importancia de los recursos literarios, retóricos y semióticos en la escritura científica.

2. La crisis de la psicología científica moderna: características y nuevas propuestas

En este apartado se presenta el socioconstruccionismo y la psicología posmoderna como propuestas de deconstrucción del sujeto y de los temas de estudio de la psicología positivista para poner de manifiesto sus aspectos socioculturales.

2.1. Contexto sociohistórico de la crisis de la psicología científica moderna

Para entender la crisis del método naturalista aplicado al conocimiento psicológico de las diferentes dificultades a lo largo del siglo XX para poder confrontar un *statu quo* académico, presentamos algunas de las ideas que el freudomarxismo inspira, aunque su mención como base de la Psicología con frecuencia no se ha reconocido lo suficiente. Este *statu quo* académico dificulta no sólo el cambio, sino también la misma incorporación de pensamiento teórico-práctico, que se decantaba hacia el énfasis con el que podían constituir otras bases teóricas para entender el funcionamiento de los seres humanos en la vida social.

En los momentos en que se desarrollan estas teorías y, por consiguiente, la importancia del momento sociohistórico podemos recordar las revueltas en un ámbito social y académico en Europa, especialmente, así como en México y otros países, en los que las crisis de las instituciones académicas y de las diferentes situaciones políticas y sociales, junto con los movimientos feministas conforman y generan toda esta situación de cambios de las grandes teorías dominantes.

Asimismo, las crisis de las naciones dominantes en Europa respecto al colonialismo, la crisis energética, etc. constituyen un contexto particular de agitación de una gran parte de las tendencias dominantes de análisis y estudio del mundo social en Occidente.

Justo desde las propuestas y teorizaciones del freudomarxismo también se generará una focalización más fuerte hacia la interrelación entre la estructuración del mundo social a partir de las prácticas cotidianas y la inevitable pero no unidireccional estructuración de la misma vida social por los individuos.

Antes de nada, es primordial considerar que, tal como hace constar Ibáñez (1990a), la problemática de la psicología social y la crisis por la que pasó la disciplina de la Psicología en general, lejos de constituir un fenómeno localizado, conyuntural y específico, se arraiga en una problemática mucho más general que se refiere a la concepción de la **racionalidad científica**, por tanto, con uno de estos aspectos clave de la posmodernidad.

Con la posmodernidad, y a raíz de los primeros trabajos que retaron el paradigma científico (Kuhn, Feyerabend, etc.), la Psicología se encuentra que (Gergen 1988):

- Es difícil continuar pensando durante más tiempo en la existencia independiente de una materia de estudio después de la crítica a la presunción de que el lenguaje constituya un reflejo del mundo y la constatación de que los discursos sobre el mundo funcionan sobre las bases de las convenciones sociales.
- Tampoco es posible pensar que se pueden encontrar propiedades universales, sino que lo que debe considerarse son las circunstancias históricas de la investigación: “la característica de autorreflexión crítica”. Analizar el discurso, cuáles son sus ámbitos, qué patrones culturales sostiene.

Tal como podéis observar, el énfasis hasta ahora otorgado a la metodología para conseguir la verdad, con la posmodernidad pasa a considerarse no demasiado fiable y se critica a fondo su relación experimental investigador/sujeto.

2.2. La crítica del socioconstruccionismo y las propuestas de la psicología posmoderna

Otro punto clave que nos permite relacionar directamente el construccionismo social y la perspectiva posmoderna y que, de hecho, forma la base de lo que acabamos de presentar, es la “duda”. Esta última la encontramos como elemento constitutivo del construccionismo social, que la mantiene en todo lo que se da por sabido, tanto en las ciencias como en la vida diaria. Ahora bien, seguramente estaríamos de acuerdo en resumir el punto principal que guía el construccionismo social como el interés primordial en dilucidar los procesos por los que la gente explica y describe, el mundo en que vive. Es decir, dilucidar el mundo dado por sabido para proporcionarnos a nosotros y nosotras mismas la emancipación.

El construccionismo social se ha basado en un amplio abanico de aportaciones que provienen de otras disciplinas de estudio y que se caracterizan por formar parte, o bien de antecedentes ya críticos o dudosos con los planteamientos y paradigmas dominantes o, como mínimo, incitadores a cambios y replanteamientos en el interior de sus campos de estudio. Entre estas aportaciones se encontrarían las de Wittgenstein y el énfasis en las “convenciones lingüísticas”, el “neopragmatismo” de Rorty, las aportaciones de Gadamer y parte de la crítica feminista. Por este motivo, el construccionismo social es considerado como posmoderno por una gran mayoría a causa de la crítica común al proyecto de la Ilustración o ideología de la modernidad.

Su afirmación más punzante estaría, seguramente, en la afirmación de que las teorías no son ni confirmables, ni falseables a partir de los datos empíricos.

Lectura recomendada

T. Ibáñez (2001). *Muníciones para desidentes. Realidad-Verdad-Política*. Barcelona: Gedisa.

Ejemplo sobre la retórica de la objetividad:

Se ponen de relieve las bases de una literatura de la objetividad creada a partir de la imaginada independencia sujeto/objeto. Así, Gergen (1990), por ejemplo, pone de manifiesto una serie de recursos de distanciamiento y de metáforas que denomina **del continente sumergido, del tesoro enterrado y de la pasividad**, que consiguen proporcionar esta imagen de objetividad derivada de la metateoría empirista. Lo que evidencia la presentación de esta serie de estratagemas literarias es la impresión de objetividad conseguida por una utilización de recursos retóricos adecuada e institucionalizada.

Razones señaladas desde estas orientaciones por las que las teorías no son ni confirmables ni falseables a partir de los datos empíricos:

- Las teorías son construcciones y conjeturas de los científicos y las científicas, puesto que no pueden ser “deducidas” a partir de los datos. Asimismo, diferentes teorías podrían ser compatibles con un conjunto de datos concreto.
- No se puede establecer la verificación de una teoría, puesto que no se pueden establecer todas sus consecuencias empíricas u observacionales.
- No se pueden testar teorías particulares (holismo), sino un conjunto de teorías.
- Tampoco es posible confrontarlas con la realidad sobre la que se pronuncian.
- No existe una división clara entre teoría y hechos.

Asimismo, la perspectiva construccionista añade que la predicción no es un criterio que permita juzgar una teoría y que los enunciados son producto de unas convenciones lingüísticas que cambian (relativismo conceptual), así como que las diferentes racionalidades científicas están guiadas por intereses. !

Lo que se plantea como posible desde esta perspectiva es si se pueden crear unas “teorías generativas” que sirvan para cuestionar las asunciones dominantes y garanticen o lleven a cabo la emancipación.

En este sentido, Gergen llega a decir que es preciso realizar investigación social para poner de relieve cómo entendemos el conocimiento y cómo se adquiere y desarrolla. Incluso, presenta a los psicólogos y las psicólogas, y especialmente a los psicólogos y las psicólogas sociales, como participantes muy necesarios en esta tarea.

El énfasis en el rol del lenguaje es subrayado por Shotter (1987) sobre el papel “formativo” para con los objetos y conecta con parte de las aportaciones llevadas a cabo por la crítica feminista, tal como habéis visto con anterioridad, y al mismo tiempo **incorpora la deconstrucción y la autorreflexión en sus métodos.** !

Pueden servir de ejemplos los trabajos elaborados sobre el carácter construido de las emociones (Averill, 1985; Harré, 1986), de la identidad sexual (Kessler y McKenna, 1978), de la infancia, de las emociones, de la memoria y de otros temas de estudio de la Psicología.

Por consiguiente, conviene recordar que el construccionismo social posibilita nuevos elementos al desenmascarar las ideologías subyacentes en la producción de conocimiento y su clasismo y sexismo.

La crítica a la ideología individualista de la investigación psicológica, la crítica del feminismo al androcentrismo, tanto a la teoría como al método, la creciente preocupación por la epistemología y el cambio operado por gran parte de los analistas del discurso, que han pasado del lenguaje en relación con la mente, al lenguaje como resultado de la interdependencia social, así como la investigación de nuevos métodos cualitativos en Psicología, son el reflejo de un cambio general más amplio y más profundo de las transformaciones intelectuales y culturales, que reúnen posmodernidad, postestructuralismo, hermenéutica y pospositivismo.

Deconstrucción, método genealógico y postestructuralismo:

En los trabajos recopilados por Henriques et al. (1984), la línea postestructuralista es seguida especialmente a partir de Michel Foucault (1978) y su “método genealógico”. Desde el trabajo de Foucault se desarrolla una línea de investigación del discurso dirigida a poner al descubierto las relaciones de poder que operan en las formaciones sociales concretas, especialmente en las instituciones desde las que se prescriben de acuerdo con las subjetividades. Así, la escuela y las prácticas educativas o los discursos sobre la sexualidad y la misma psicología son analizados para poner de manifiesto el carácter de control social.

Otro de los autores que han marcado el desarrollo del análisis del lenguaje y el discurso es Jacques Derrida, quien, aunque con una teoría y una metodología muy diferente a la de Foucault, ayuda con las bases de la tarea de “deconstrucción”, según Derrida (1984), entendida como:

“[...] una toma de decisión, en el trabajo, de acuerdo con las estructuras político-institucionales, que forman y regulan nuestra actividad y nuestras competencias.”

Ambas aportaciones se utilizan para poner de manifiesto lo que se encuentra escondido bajo un discurso, una filosofía o unas actuaciones, mostrando las opiniones e ideologías jerárquicas en las que se fundamenta.

Ambos métodos, el de Foucault y el de Derrida, también se utilizan para desenmascarar desde la crítica feminista el androcentrismo y el logocentrismo

Lecturas recomendadas

J. Derrida (1967). *De la grammatologie*. París: Minuit.
 J. F. Lyotard (1986). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.

Deconstrucción

Implica considerar aparte los significados y asunciones fusionadas en la manera en que nos comprendemos nosotros mismos para verlos como productos específicamente históricos, más que como hechos dados, eternos e incontrovertibles. Un análisis de la construcción de la forma moderna de la individualidad es un prerrequisito para entender y llevar a cabo el cambio.

presentes en la producción de conocimiento y las prácticas sociales que hicieron discriminaciones.

El uso del método de la deconstrucción en Psicología lo encontramos desarrollado por Kurtzram (1987), que utiliza la deconstrucción –en concreto, en cinco de sus aproximaciones: la de Kristeva, la de Lyotard, la de Derrida, la de De Man y la de Deleuze y Guattari– para la aproximación cognitiva, y presenta algunas nociones para una psicología deconstruccionista poscognitivista.

Uno de los desarrollos de este pensamiento lo vemos en la aplicación de la deconstrucción de Derrida y el método genealógico de Foucault en el corpus y creencias sostenidas por la disciplina. Dicho de otra manera, intentar comprender qué es la psicología social, la manera en que opta para producir cierto conocimiento y la manera en que reproduce ciertas relaciones entre la gente en Occidente, para deconstruirlo, analizándola como serie de prácticas y teorías, de textos y discursos que han triunfado separando la vertiente individual y la social.

Sin embargo, integrar y aplicar la deconstrucción a la teoría y la práctica de la Psicología no está exento de problemas. Uno de los problemas en la coherencia del adjetivo *posmoderno*, agudamente señalado por Michael (1991) es, justamente, este interés que demuestra el construccionismo social en “explicar” y “elucidar” y que, aunque este autor desarrolla para una especialidad de la psicología, la psicología social, también es muy pertinente para ayudarnos a pensar sobre las limitaciones y dificultades de las nuevas propuestas.

Michael considera tres tipos de dinámicas como características de la condición posmoderna.

1) La dinámica de la **transgresión**, que se refiere al hecho de desmontar las categorías establecidas, contrasta con la **aclaración**. Así, donde la transgresión desdibuja los límites, la aclaración los delinea. Por este motivo, conforma los intereses tanto de la psicología social cognitiva, como del construccionismo social. Se podría sugerir que ambas tienden a enfocar las maneras como las categorías sociales son aclaradas cognitivamente, social y lingüísticamente.

Lo que Michael (1991) señala es que el construccionismo social, en virtud del encabalgamiento de los límites tradicionales disciplinarios, ejemplifica la transgresión posmoderna y, al mismo tiempo, retiene como objetivo principal de investigación los procesos de aclaración.

2) La dinámica del **movimiento acelerado** se refiere al *tempo* acelerado de cambio en las imágenes, textos, categorías en diferentes aspectos de la vida social. En contraste, la psicología social está interesada en la **estabilización** –los medios por los que las categorías no sólo son aclaradas, sino también pueden con-

Lecturas recomendadas

M. Foucault (1975). *Vigilar y Castigar*. Madrid: Siglo XXI, 1982.

M. Foucault (1976). *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI, 1989.

M. Foucault (1977-1978). La “gubernamentalidad”. En A. Gabilondo (1999). *Estética, ética y hermenéutica*, pp. 175-198. Barcelona: Paidós.

M. Foucault (1979). Nacimiento de la biopolítica. En A. Gabilondo (1999). *Estética, ética y hermenéutica*, pp. 209-215. Barcelona: Paidós.

seguir una longevidad social o cognitiva. En lugar de examinar cómo pueden ser traspasadas las categorías por los otros, la psicología social cognitiva y la construcciónista, nos sugiere Michael, parece concentrarse en la manera en que las categorías pueden sostenerse y reproducirse.

3) La dinámica del **consumo del espectáculo** (y la ética de la diversión). Esta sería la fuerza motriz tras la transgresión y el movimiento acelerado. Para el individuo posmoderno no existe ninguna utilidad necesariamente práctica asociada a la transgresión y al movimiento; más bien estos procesos producen un tipo de “éxtasis” desde una perspectiva fenomenológica –la experiencia de cambio, novedad y espectáculo deviene un fin en sí misma. Contra ello, ambos, cognitivismo y construcciónismo, han estudiado los procesos de aclaración y estabilización en términos de ganancias prácticas que pueden procurar, donde la práctica abarca lo que es individual y lo que es colectivo, lo que es instrumental y lo que es expresivo, la acción política y la social.

Lo que Michael (1991) presupone es que para el construcciónismo social el predominio del último eje debería ser de más interés. Para la psicología social construcciónista, no son los procesos individuales cognitivos, sino la dinámica social del lenguaje que aclara y estabiliza la multiplicidad de significaciones, por medio de las cuales el mundo es aprendido. Ahora bien, se podría argumentar que el construcciónismo social está interesado fundamentalmente en el cambio, a causa del interés en la emancipación y la transformación social expresada en varios ejemplos de esta perspectiva. Sin embargo, la cuestión es que esta transformación, si bien activamente perseguida por el construcciónismo (como en la deconstrucción) no siempre se alcanza.

Por el contrario, el posmoderno, interesado en la emancipación y la transformación social, lo intenta por medio del mismo proceso del cambio continuo –es la desestabilización y la transgresión (y el consumo continuo de espectáculo) *per se* que sirve para subvertir el orden social dominante.

En resumen, tendríamos que el construcciónismo social incorporaría “la duda”, la “autorreflexividad”, la “deconstrucción”, tanto de los temas como de las teorías, y la separación de la razón científica a favor del reconocimiento de la historicidad de los fenómenos sociales, así como una preocupación por el lenguaje.

2.3. El sujeto de la psicología positivista y el sujeto desde la crítica socioconstruccionista

Por lo que hemos ido exponiendo, queda de manifiesto que el construcciónismo social trabaja por una psicología social posmoderna, que se distancia de la

psicología social empírica y científica llevada a cabo durante el periodo de la modernidad.

Traslada el lugar de conocimiento de la mente del individuo a los patrones de la relación social, a los espacios intersubjetivos; y lleva a cabo una autorreflexión y desconstrucción continua, tanto por lo que respecta a los objetos de la disciplina dados por sabidos, así como lo referido a los mismos métodos y teorías asumidas por esta última; sin pretender encontrar leyes o principios universales, sino circunscribir el conocimiento a unas condiciones sociohistóricas de producción determinadas y, por tanto, volviéndolo susceptible de cambio paralelamente al ensanchamiento de los límites de nuestra disciplina con los trabajos y aportaciones de otros campos.

Este análisis parte de conceptualizar el conocimiento, en concreto la Psicología, como una parte integral del proceso de constitución de lo que es social. En este sentido, la Psicología ni avanza hacia la verdad científica, ni conspira con los poderes que oprimen a la gente corriente. Y de este modo, siguiendo a Foucault, Henriques et al. (1984), aconsejan la necesidad de trazar las condiciones históricas que posibiliten el conocimiento. Parten del punto de que:

“[...] todos los conocimientos son productivos en el sentido específico de que tienen efectos definidos en los objetos que intentan conocer. Para las ciencias sociales, dichos efectos no se pueden separar de las prácticas de administración a las que estas ciencias están vinculadas.”

Henrique et al. (1984). *Changing the subject*. Londres: Methuen.

Ello significa que si examinamos el “cómo” y el “porqué”, entenderemos cómo la Psicología ha llegado a ser lo que es. Es crucial responder a los efectos en su interior, las circunstancias específicas históricas que se refieren a las prácticas sociales y a los otros discursos centrados en el individuo y citan, por ejemplo, la biología y la filosofía. Otro punto que los autores ilustran, trazando las condiciones históricas que permiten que el sujeto psicológico emerja (el individuo), es evitar la asunción del hecho o la naturalidad del individuo y ver la Psicología como un cuerpo de conocimientos con efectos específicos en su conceptualización del individuo, lo que permite salir de esta asunción teorizando el sujeto. 

Para comprender la magnitud de estas aportaciones, es indispensable considerar las previsiones de Shotter (1989) sobre cómo los actuales cuestionamientos sobre lo que es una persona en la concepción occidental pueden hacer cambiar la actitud que manifestamos hacia nosotros mismos. Según este autor, se reflejaría, sobre todo, en dos aspectos:

1) En relación con nuestro discurso, sobre las razones de nuestras acciones. Puesto que hasta ahora lo que hemos creído es que una persona está definida porque posee una unidad psíquica interior (el yo) y que de aquí surge todo y,

por tanto, es preciso ir a buscar las razones de nuestras actuaciones en nuestro yo. En cambio, lo que sostiene Shotter es que esto constituye una manera de engañarnos que hace que, si mantenemos este discurso, busquemos **sustitutos** de nosotros mismos a los que se pueden aplicar estas características, hasta llegar a proponer que de este modo “gran parte de las formas habituales de explicar nuestros actos cotidianos son esencialmente falsas, puesto que, por ejemplo, gran parte de nuestros motivos son **producto** de nuestras acciones y no sus **causas**”. (Shotter, 1989, p. 154)

2) Que la visión occidental de la persona como poseedora de una entidad psíquica interna camine hacia una concepción más pluralista, reconociendo que construimos el contexto que da lugar a las actividades que constituyen nuestro yo, y dejemos intentar capturar nuestro yo a partir de la introspección y de una reflexión descontextualizada sobre los productos de nuestras propias actividades, y admitamos la importancia de los “otros” presentes en la situación.

Estas transformaciones hacen pensar que “estamos ante una nueva y desafiante concepción del *self*, que traslada el *locus* de la comprensión de los ‘uno mismo’ individuales a las relaciones en que dichos ‘unos mismos’ pasan a ser posibles” (Gergen 1987, p. 53) (más adelante lo presentaremos con mayor detalle).

Si partimos de la base de que las personas son cambiables y efímeras, y es difícil percibir las desde un punto de vista estable, el hecho de la observación científica hace que el individuo sea estable por medio de la construcción de un sistema perceptual, una manera de convertir la móvil y confusa multiplicidad sensible en un campo cognoscible. En este proceso de percepción científica, el mundo fenoménico está normalizado –es decir, está pensado en términos de sus coincidencias y diferencias de los valores estimados normales– en el auténtico proceso de hacerlo visible a la ciencia.

En Psicología, el concepto **individuación** enfatiza un proceso evolutivo por medio del cual el infante, presumiblemente *indiferenciado* y *absolutamente unido* se separa de los otros significantes para situarse como un individuo diferente y separado del mundo. El niño emerge como objeto científico y como objetivo de lo que se puede contemplar como prácticas normalizadoras, que formarían parte de la producción del individuo como sujeto de forma “normal”, y que desarrollaremos en el módulo “Psicología, racionalidad moderna y prácticas de producción de la diferencia razón-desrazón y normal-patológico” con un poco más de detalle. 

Estas aportaciones muestran, en efecto, la presuposición del individuo como una entidad unitaria, una máquina que piensa, lo que es básico para, por poner un ejemplo, **la pedagogía centrada en el niño y para la psicología del desarrollo**.

En esta misma línea, Kessen (1979) había mostrado cómo el niño es siempre visto como un ser aislable, de condición libre y como individuo completo. Independientemente y de una manera similar, padres y maestros pueden in-

fluir en el desarrollo del niño; sin embargo, la unidad de análisis cultural y la unidad de estudio del desarrollo es el niño solo. La omnipresencia de este **individualismo radical** en nuestras vidas supone la consideración de otras imágenes alternativas de la infancia extraordinariamente difícil. La cuestión es que nunca nos hemos tomado seriamente que el desarrollo es, en gran medida, una construcción social, el niño es modulado y, al mismo tiempo, es un componente que modula en una red cambiante de influencias (Berger y Luckmann, 1986).

De este modo, los impulsos están en el niño, así como los rasgos, los pensamientos y los afectos: casi la mayoría de teorías del desarrollo aceptan las premisas del individualismo y toman al niño como la unidad básica de estudio, con todas las consecuencias que esta elección implica para las decisiones que van desde seleccionar un método de investigación, hasta seleccionar una estrategia terapéutica.

Foucault distingue cuatro tipos de tecnologías, cada una representa una matriz de la razón práctica: las de **producción**, que permiten producir, transformar o manipular cosas; las de **sistemas de signos**, que nos permiten utilizar signos, sentidos, símbolos o significaciones; las de **poder**, que determinan la conducta de los individuos, los someten a cierto tipo de finalidades o dominación y consisten en una **objetivación del sujeto**; y las del **yo**, que permiten a los individuos efectuar, solos o con la ayuda de los demás, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, manera de ser, y obtener de este modo una transformación de sí mismos.

3. Psicología, subjetividad y actualidad: modelos de sujeto en el contexto sociohistórico actual

En este apartado presentaremos un acercamiento a diferentes desarrollos que desde la premisa del cuestionamiento y la crítica de una subjetividad única y universal nos presentan varias narraciones sobre los procesos de subjetivación vinculados a los desarrollos y cambios históricos.

3.1. La construcción del sujeto desde la modernidad: las aportaciones de Foucault y Elias

En este subapartado nos acercaremos sucintamente a las aportaciones de dos autores interesados en el estudio de los procesos de constitución y cambios en la manera de entendernos a nosotros y nosotras mismas. Los autores seleccionados son Michel Foucault y Norbert Elias.

3.1.1. Michel Foucault

Dentro del mar de atribuciones que se han llevado a cabo en el trabajo de Michel Foucault sobre sus focos de interés, sus temas principales, sus inquietudes, etc., seguramente una buena manera de presentar su obra puede ser a partir del artículo dedicado a él en *Le dictionnaire de philophes* firmado por Maurice Florence y que, con posterioridad, se supo que había sido escrito por el mismo Foucault bajo aquel seudónimo. Este artículo, publicado el mismo año de su muerte, es una presentación de su propia lectura sobre su quehacer intelectual confiriéndole una coherencia. Donde se podría haber visto una variedad de intereses y de métodos, aporta una preocupación constante desde sus primeras obras hasta ese mismo momento dentro de un proyecto:

“En la actualidad, Michel Foucault ha emprendido, y siempre en el seno del mismo proyecto general, el estudio de la constitución del sujeto como objeto para sí mismo: la formación de los procedimientos por medio de los cuales el sujeto es conducido a observarse a sí mismo, a analizarse, a descifrar, a reconocerse como un dominio de saber posible. En suma, se trata de la historia de la subjetividad, si por esta palabra se entiende la manera en que el sujeto lleva a cabo la experiencia de sí en un juego de verdad en el que tiene relación con él mismo.”

M. Florence (1984). Foucault. En A. Gabilondo (Ed.) (1999). *Michel Foucault. Estética, ética y hermenéutica*, 365. Barcelona: Paidós.

Por consiguiente, Foucault no estudia cómo quizá se pudo llegar a entender la **muerte del sujeto**, sino las maneras y los procesos de constitución del mismo. Durante toda su obra trabaja las maneras en que el sujeto convierte la experiencia de sí en un juego de verdad, dado que este proceso por el que se constituye el sujeto es la subjetivación.

Como él mismo señala:

“Lo que le ha interesado eran precisamente las formas de racionalidad que el sujeto humano se aplica a sí mismo... ¿Qué sucede para que el sujeto humano se dé a sí mismo como objeto de saber posible, por medio de qué formas de racionalidad, mediante qué condiciones históricas y, por último, a partir de qué precio?”

M. Foucault (1983). Estructuralismo y postestructuralismo (entrevista con G. Raulet). En A. Gabilondo (Ed.). (1999). *Michel Foucault. Estética, ética y hermenéutica*, 319. Barcelona: Paidós.

En sus desarrollos sobre el poder disciplinario (Foucault, 1975, 1976, 1979, 1990) estudia los procesos de constitución del individualismo moderno y cómo paralelamente se constituyen, y también se desarrollan las ciencias humanas. El trabajo de Foucault es especialmente rico, puesto que su modelo genealógico le permite pasar de la materialidad de la vida cotidiana, de esta nueva concepción del espacio, del tiempo y de las actividades, de las operaciones que tienen lugar en los cuerpos a procesos de carácter más general.

En el estudio de Foucault sobre el poder disciplinario, pone de manifiesto y examina cómo en el momento en que se produce el paso de castigar a vigilar, del castigo a la vigilancia, se genera un cambio en la economía del poder donde la rentabilidad y eficacia emanan más del hecho de vigilar que del hecho de castigar. 

En esta línea tanto en el módulo “Psicología, racionalidad moderna y prácticas de producción de la diferencia razón-desrazón y normal-patológico”, como en el módulo “Nuevas tecnologías de la información y conocimiento psicológico” encontraremos dos desarrollos específicos de estas teorizaciones. En uno, todo aquello que se refiere a lo que se considera patológico o que forma parte de la normalidad o de la normatividad; y en el otro, todo lo referente al sujeto tecnológico.

Los procedimientos del poder disciplinario se incluyen en el ciclo de conocimientos de los individuos y contribuyen a establecer la posibilidad para un conjunto de experiencias reales, de “retrasos”, “inadaptaciones”, “rebeldías”, de “casos” y, en definitiva, “anormalidades”.

“Todas las ciencias, análisis o prácticas con raíz *psico* tienen lugar en esta inversión histórica de los procedimientos de individualización. El momento que se ha pasado de mecanismos histórico-rituales de formación de la individualidad a unos mecanismos científico-disciplinarios.” .

M. Foucault (1975). *Vigilar y Castigar*, 198. Madrid: Siglo XXI, 1982.

Por ello, concluye Foucault:

“El individuo es, sin duda, el átomo ficticio de una representación ‘ideológica’ de la sociedad; pero también es una realidad fabricada por esta tecnología específica de poder que se llama disciplina”.

M. Foucault (1975). *Vigilar y Castigar*, 198. Madrid: Siglo XXI, 1982.

Lecturas recomendadas

M. Foucault (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós.

M. Foucault (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: La Piqueta.

Además del poder disciplinario, para Foucault el poder sobre la vida tomó otra dimensión: el biopoder. Este último no es antitético a la disciplina, sino que se entrecruza en un haz de relaciones intermedias. Si el polo disciplinario estuvo centrado en el sujeto como máquina por medio de la anatomopolítica del cuerpo, el segundo polo estuvo centrado en el cuerpo-especie, “en el cuerpo formado por la mecánica del ser vivo y que sirve de apoyo a los procesos biológicos: la proliferación, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad, con todas las condiciones que pueden hacerlos variar” (Foucault, 1976, p. 168). Según Foucault, se hacen cargo de todos estos problemas una serie de intervenciones y controles reguladores que denominará **biopolítica de la población**.

En palabras de Foucault

“La vieja potencia de la muerte, en la que se simbolizaba el poder soberano, ahora está cuidadosamente recubierta por la administración de los cuerpos y la gestión calculadora de la vida.”

M. Foucault (1976). *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*, 169. Madrid: Siglo XXI, 1989.

En la vertiente del biopoder, son otras las disciplinas científicas que producirán el conocimiento y saber necesarios para su desarrollo y mantenimiento, será la demografía, la estimación de la relación entre recursos y habitantes, los cuadros de las riquezas y su circulación, de las vidas y su probable duración, la composición social de los intereses, la economía y la estadística. La ideología como doctrina del aprendizaje, pero también del contrato y la formación reguladora del cuerpo social constituyen para Foucault el discurso abstracto en el que se buscó coordinar ambas técnicas de poder para construir su teoría.

El rol de la biopolítica estudiado por Foucault, centrado en las poblaciones, le lleva a mirar instituciones más amplias que las que había estudiado, tales como las prisiones, las escuelas o los psiquiátricos. El Estado, el gobierno del Estado, aparecerá como una de las instituciones que deberían estudiarse. Si durante buena parte de su producción se dedicó a analizar las relaciones entre experiencias como la locura, la muerte, el crimen, la sexualidad y varias tecnologías del poder, en los últimos años de su vida definió su interés en el trabajo sobre el problema de la individualidad o, más bien, sobre la identidad referida al problema del “poder individualizador”. Es importante repetir que Foucault no nos convida a abandonar la idea de los efectos de dominación llevados a cabo por un ejercicio disciplinario de poder, sino a constatar que existe un doble ejercicio de poder: un poder disciplinario, que se aplica sobre los cuerpos, y un poder normativo y regulador, que tiene en cuenta la población.

Las estrategias del biopoder se conforman por medio de las encuestas, las estadísticas, los censos, los programas para maximizar o reducir las tasas de reproducción, para minimizar la enfermedad y promover la salud. Con todas estas

técnicas, se pretende hacer inteligibles aquellos ámbitos cuyas leyes debe conocer y respetar el gobierno liberal: por consiguiente, el gobierno no será arbitrario, sino que estará basado en el conocimiento operativo de aquellos cuyo bienestar debe promover. A partir de este momento, el gobierno debe ejercerse con la ayuda de un conocimiento de lo que se debe gobernar –la infancia, la familia, la economía, la comunidad, la oferta y la demanda, la solidaridad social–, en una situación concreta y en un momento determinado (tasa de productividad, tasa de suicidios, etc.) y, al mismo tiempo, de un conocimiento de los medios por medio de los cuales se puede configurar y orientar a producir objetivos deseables al mismo tiempo que se respeta su autonomía.

Foucault define biopolítica como “la forma en que, a partir del siglo XVIII, se ha intentado racionalizar los problemas que planteaban a la práctica gubernamental fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población: salud, higiene, natalidad” (Foucault, 1979, p. 209). Y en este sentido, consideró que estos problemas debían analizarse dentro del marco de racionalidad política en que han aparecido y se han agudizado: el liberalismo.

3.1.2. Norbert Elias: el estudio del “proceso de civilización” y de las relaciones individuo-sociedad

Norbert Elias es un autor cuyo objeto o interés de trabajo también se centró en las transformaciones de la experiencia que tienen de sí mismas las personas particulares cuya reunión forma las sociedades. Como él mismo señala, su interés estaba orientado hacia el estudio de las “transformaciones de la experiencia de sí mismos y de los hábitos sociales de los individuos”. (Elias, 1987, p. 14)

El análisis de Elias se basa en una concepción dinámica y en movimiento constante de las configuraciones sociales e individuales de las personas. La aportación que resaltamos de su obra es la defensa que realiza de la interconexión inevitable entre el individuo y la sociedad, de la que vale la pena resaltar el estudio sobre los procesos históricos de constitución de la subjetividad y, particularmente, los procesos históricos de cambios en el equilibrio entre el yo y el nosotros. Se pueden sintetizar en dos las ideas centrales que maneja sobre la subjetividad: el reconocimiento del carácter de proceso de la identidad individual y de las relaciones individuo-sociedad, y sus reflexiones sobre el equilibrio entre identidad individual e identidad colectiva.

En relación con el estudio del “proceso de civilización” propone que el equilibrio entre el yo y el nosotros en los países occidentales se ha decantado de una manera clara hacia la preeminencia del yo, y ha llevado a un proceso de individualización mayor. Desde su perspectiva, el “nosotros” ha tenido y, tiene en la actualidad, muchas capas: de los círculos familiares más estrechos a los círculos de amigos, pueblos, ciudades, agrupaciones y la humanidad en su

Lecturas recomendadas

Algunas de las principales obras de Elias son las siguientes:

N. Elias (1939). *La sociedad de los individuos*. En N. Elias (1987). *La sociedad de los individuos*, pp. 15-84. Barcelona: Ediciones Península, 2000.

N. Elias (1987). *Cambios en el equilibrio entre el yo y el nosotros*. En N. Elias (1987). *La sociedad de los individuos*, pp. 177-270. Barcelona: Ediciones Península, 2000.

conjunto. Sostiene que cuanto más elevado sea el nivel de integración del “nosotros”, también será más elevado el crecimiento del individualismo y del valor otorgado al individuo. Teniendo en cuenta los procesos de ampliación de este “nosotros” hacia agrupaciones internacionales o corporaciones multinacionales parece, como señala González (1996);

“que caminamos hacia un incremento todavía mayor de la subjetividad en una sociedad cada vez más cosmopolita en el que el “nosotros” objeto de identificación se hace cada vez más abstracto y tiende a abarcar a toda la humanidad.”

J. M. González (1996). El individuo y la sociedad. En M. Cruz (comp.), *Tiempo de subjetividad*, 37. Barcelona: Paidós.

Para Elias, la característica principal de la estructura de las sociedades más desarrolladas de nuestros días consiste en el hecho de que el ser humano particular conceda más valor a aquello que lo diferencia de otros (a su identidad como yo), que a aquello que tiene en común con otros: a su identidad como nosotros.

Un fundamento de su argumentación será el antiguo estado romano, en que la pertenencia a las familias, a las tribus o al estado, es decir, una identidad de nosotros poseía un peso mucho mayor que el que tiene en la actualidad. El nosotros era absolutamente inseparable de la concepción que en “las capas acuñadoras de lenguaje se tenía de una persona” (Elias, 1987, p. 181). Por ello, explica que no existiera ningún término equivalente al de individuo.

La pertenencia a grupos como clanes, tribus o al estado es lo que provocará la pertenencia colectiva. La inexistencia de un término similar al del individuo en la Antigüedad lo argumenta repasando los conceptos lingüísticos próximos, como el término latino *persona*. No obstante, este término parece referirse a algo más específico y concreto, a las máscaras por medio de las cuales los actores recitaban sus parlamentos. Cree que la inexistencia de este significado se refiere al hecho de que no existía la necesidad de un término que particularizara cada ser humano, sin que importara demasiado a qué grupo pertenecía, y se considerara una persona autónoma, única, diferente de las otras, y que diera expresión a la valoración de esta singularidad. La importancia en la praxis de la antigüedad de la identidad como *nosotros*, *vosotros* y *ellos* refleja la importancia de dichos conceptos y nos recuerda la imposibilidad de la movilidad en estos momentos para pasar de un *nosotros* a *otro*.

Asimismo, Elias pone de manifiesto la importancia que tiene la utilización de los términos como la manera de acercarnos a la comprensión de un momento en la medida en que los conceptos y el lenguaje se desarrollan colectivamente en su uso y funcionalidad colectiva. 

El término *individuo* se localiza en el siglo XVII y era utilizado por los filósofos de la Iglesia, mientras que consideraban que todo lo que existe en este mundo es único. Los escolásticos consideraron importante la singularidad de cada caso particular de una especie y acuñaron una palabra para designarla. ¿Cómo fue posible, se pregunta Elias (1989), que el reconocimiento de la singularidad de todos los casos particulares, representado por el concepto escolástico de individuo, se

El individuo en la Antigüedad

Como ejemplo y como periodo estudiado por Elias, podemos considerar cómo en la praxis social de la antigüedad clásica estaba fuera de los límites de lo imaginable la concepción de un individuo sin grupo, de ser un individuo tal como es cuando se le desnuda de toda referencia al nosotros.

volviera a estrechar de manera que finalmente el concepto individuo ya sólo remitiera a la singularidad del ser humano? La respuesta es que el reconocimiento de la singularidad “se produjo cuando el desarrollo de la sociedad llegó a un nivel en el que se intensificó la necesidad de las personas”. (Elias, 1989, p. 186)

Cómo ve el mundo contemporáneo Elias y qué tipos de sujeto y de integración avanza

De hecho, el diagnóstico del mundo contemporáneo que tiene Elias es que “Las tribus están perdiendo por todo el mundo su función de unidades de supervivencia autónomas, autodeterminadas. Muchos estados sufren considerables pérdidas de su soberanía a lo largo del proceso de integración de la humanidad. [...] nos dirigimos hacia una época en la que ya no serán los estados particulares, sino la agrupación de estados la que constituirá la unidad social determinante”.

N. Elias (1987). Cambios en el equilibrio entre el yo y el nosotros. En N. Elias (1987). *La sociedad de los individuos*, p. 189. Barcelona: Ediciones Península, 2000.

Conviene resaltar esta narrativa de proceso de integración hacia la preeminencia de la “humanidad” como elemento integrador, y de este modo señalar también los procesos de desplazamiento del poder de un plano a otro que ello representa. La delegación del poder que va vinculada a la progresiva ampliación de las unidades de supervivencia descritas por Elias es lo que nos parece interesante resaltar ahora, así como su proceso paralelo de aumento de individualización. Nos encontramos en una fase inicial de un gran proceso de integración y, por consiguiente, los ciudadanos particulares tenemos cada vez menos capacidad de influir sobre lo que ocurre en el plano de integración global.

En su relato procesual, Elias resalta la intensificación de la impotencia del individuo en relación con lo que sucede en el plano superior de la humanidad:

“El poderoso movimiento de integración de la humanidad, patente, entre otras cosas, en instituciones centrales como las Naciones Unidas o el Banco Mundial constituye, de momento, la última fase de un largo proceso social no intencionado que conduce, por medio de muchas etapas, de unidades sociales menos diferenciadas a unidades sociales más diferenciadas y complejas que las anteriores.” (Elias, 1987, p. 193)

En efecto, toda transición desde una forma predominante de organización de la unidad supervivencia, que comprende menos personas y es menos diferenciada y compleja, hacia una respectivamente más amplia y compleja, hace que se modifique de una manera característica la posición de los seres humanos particulares. Es decir, que se modifique la relación entre individuo y sociedad.

La movilidad de los seres humanos particulares, tanto en el sentido local como en el social de la palabra, aumenta de manera que disminuye su anterior encapsulamiento, inevitable y vitalicio, dentro de las familias, grupos vinculados por el parentesco, comunidades locales y otras agrupaciones similares disminuyendo el ajuste de su comportamiento, de sus objetivos y sus

ideales con respecto a la vida en estas agrupaciones y su natural identificación con las mismas; se reduce su dependencia de dichas agrupaciones, así como su necesidad por lo que respecta a la protección de la salud y de la vida, a la alimentación, a las posibilidades de adquirir cosas y de proteger lo heredado y lo adquirido, o también lo que se refiere a la posibilidad de recibir ayuda y consejo.

El ser humano individual siempre está vinculado de una manera muy determinada por su interdependencia con otros. Sin embargo, el margen de decisión individual difiere de una sociedad a otra, de una época a otra, y de una posición social a otra.

3.2. El gobierno de la subjetividad a partir de las prácticas y discursos sobre el trabajo

En las páginas anteriores hemos visto desarrollos teóricos que reflexionan sobre los cambios en la constitución de subjetividades vinculados a diferentes contextos sociohistóricos. En estas últimas páginas queremos apuntar preguntas que en estos momentos realizan varios autores sobre los efectos que los cambios que se producen en la organización social y laboral pueden tener en la constitución de maneras de pensarnos o vivir.

Entre los desarrollos teóricos que en estos momentos están desarrollando líneas de investigación que se continúan preocupando por la constitución de subjetividad en un contexto de cambios contemporáneos, resaltaremos las aportaciones de Nicolas Rose, de Ulrich Beck y de Richard Sennet.

Nicolas Rose, siguiendo una línea foucaultiana, se pregunta por las tecnologías de subjetivación vinculadas a un sistema neoliberal. Para Rose, gobernar de manera liberal avanzada significa un aumento en la distancia entre las decisiones de las instituciones políticas formales y otros actores sociales. Concibe estos últimos de manera nueva como sujetos de responsabilidad, autonomía y elección, intentando actuar sobre ellos sirviéndose de su libertad.

Para el autor, las formas de gobierno liberal avanzado poseen cierto carácter "formal". Los poderes conferidos previamente a los conocimientos positivistas sobre la conducta humana serán transferidos a regímenes calculadores de contabilidad y de gestión financiera. Y los cotos cerrados de los expertos serán invadidos por medio de toda una gama de nuevas técnicas destinadas a ejercer un control crítico sobre la autoridad: las técnicas presupuestarias, las de contabilidad y las auditorías son las tres más relevantes.

Según la lógica del poder-saber, estos procesos de cambio están basados, sin duda, en una exigencia de verdad. Rose nos convida a pensar sobre nuevas verdades diferentes a la verdad de las ciencias humanas y sociales que se desarrollan contemporáneamente:

“Ciencias grises”, estos “saber hacer” de la enumeración, el cálculo, la monitorización, la evaluación y la gestión pueden aparecer como modestos y omniscientes al mismo tiempo, limitados y aparentemente sin límites, cuando se aplican a problemas tan diferentes como la conveniencia de un procedimiento médico, o la viabilidad de un departamento universitario (Rose, 1995).

Para Rose, la centralidad de los poderes del cliente como consumidor de servicios de salud, de educación, de formación, de transporte define los sujetos de gobierno de una nueva manera, como individuos activos que buscan realizarse.

El sociólogo alemán Ulrich Beck, en su libro *La sociedad del riesgo*, se pregunta por las posibilidades de un cambio de sistema de organización del trabajo. Desde la perspectiva de este autor, en la sociedad contemporánea occidental, la “modernidad avanzada”, siguiendo sus términos, el individuo rompe los lazos tradicionales y las relaciones de protección, pero los intercambia por las constricciones del mercado de trabajo y del consumo. Este autor critica los efectos de discriminación y exclusión que provoca un sistema donde la flexibilidad, temporalidad y precariedad laboral no va acompañada de soporte colectivo de seguridad. Según su análisis, en el mundo contemporáneo occidental el riesgo se individualiza, el individuo será el responsable de gestionar el riesgo y el responsable último de los efectos de las continuas decisiones que adopte.

Seguramente, si os detenéis a pensar en vuestras experiencias o en las de amigos y amigas y conocidos y conocidas, a la hora de encontrar y mantener un trabajo, podéis entender con facilidad cómo se manifiestan todos estos elementos, tanto en la precariedad y la temporalidad como en los constantes y poco claros cambios de condiciones, así como en la incertidumbre.

Por último, Richard Sennet en su texto *La corrosión del carácter* se cuestiona los efectos que el nuevo capitalismo genera en las personas. Según este autor, la nueva organización del trabajo basada en la descentralización del poder en las organizaciones, la flexibilidad y los planes a corto plazo dificulta la confianza y vinculación entre las personas dentro del espacio laboral. 

El punto común de estos tres autores podría ser la idea de que la razón política debe argumentarse sobre la base de la idea de las personas definidas como criaturas libres e independientes. En el interior de este sistema las

Lecturas recomendadas

U. Beck (1986). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós, 1998.

U. Beck (1999). *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós, 2000.

R. Sennett (1998). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama, 2000.

personas debemos ser un yo activamente responsable, debemos cumplir nuestras obligaciones no por medio de las relaciones de dependencia y obligación de unos para con otros, sino mediante el “realízate a ti mismo”.

A modo de conclusión, estos autores apuntan la importancia del hecho de que las sociedades contemporáneas occidentales se centran en la **gestión del riesgo**, integrar el futuro en el presente. Una nueva obligación, adoptar una prudente y calculada relación con el destino, considerado ahora en términos de peligros calculables y riesgos previsible. Los individuos debemos convertirnos en expertos de nosotros mismos.

La pregunta que queda es si todas las personas, desde diferentes condiciones sociales, disponen de las mismas posibilidades de un resultado positivo en este mandamiento individualista. El tipo de economía contemporánea necesita una nueva subjetividad, un sujeto flexible y autónomo que sea capaz de responder al cambio constante en el mundo laboral, a los sueldos y a un estilo de vida de inseguridad constante. Es este sujeto flexible que negocia y tiene éxito, “aprendizaje continuo; proyecto reflexivo de sí”. Estos tiempos sugieren la necesidad de un sujeto que se autoinvente continuamente. Por ello, el mantenimiento del orden necesita el sujeto autorresponsable (Walkerdine, 2001; Beck, 1986, 1999; Sennet, 1998). Sin embargo, ¿dónde queda en este sistema el reconocimiento de la dependencia entre las personas y las diferencias en las posibilidades de acceso a este mandamiento individualista?

Resumen

En este módulo se han marcado las características básicas de la racionalidad moderna que han fundamentado el origen y el desarrollo de la Psicología como ciencia positivista de la modernidad. Estas características no sólo han posibilitado un conocimiento psicológico tal como lo conocemos hoy día, con sus especialidades, su vocabulario específico, sus técnicas e instrumentos tanto de investigación como de intervención, sino que también han constituido una manera concreta de entender y definir la Psicología. Desde que en los años setenta, a raíz de los movimientos sociales y los cambios del punto de vista del pensamiento, se empezaron a cuestionar algunas de las bases del saber psicológico, se han generado diferentes líneas de trabajo que mantienen en común el afán por mostrar la ideología y los valores que fundamentan el conocimiento psicológico institucionalizado y mayoritario, así como las alternativas posibles a esta manera de conocer.

En este módulo se han mencionado de entre el gran número de influencias las aportaciones realizadas, por la epistemología crítica feminista, que ha puesto énfasis en el androcentrismo y el sexismo del pensamiento occidental y, paralelamente, ha aportado otros métodos para conocer las aportaciones de diferentes minorías étnicas o de los trabajos producidos en otros continentes que destacan por sus particulares aportaciones y que, en numerosas ocasiones, la psicología oficial ha dejado de lado, las que provienen de la nueva sociología de la ciencia que trata y analiza la misma producción científica y, también ha proporcionado herramientas instrumentales y de reflexión para la nueva psicología actual.

Se han presentado, también, algunas corrientes de la psicología contemporánea que intentan combinar una aproximación diferente a la Psicología y al papel que representa en nuestras sociedades actuales, a partir de incorporar las críticas anteriores y presentar nuevas metodologías de trabajo basadas en la Filosofía interpretativa, la Historia y la Antropología. Entre estas últimas hemos destacado las aportaciones de Michel Foucault, Norbert Elias y Jacques Derrida, puesto que hemos considerado que no sólo impregnan una gran parte de lo que se produce en la actualidad, sino que también colaboran al análisis sociohistórico, y actual de las maneras y los efectos que se derivan de la Psicología.

Actividades

1. Intentad buscar una explicación o un artículo que se centre en un tema de la Psicología que os interese y analizad:

- a) ¿Qué define como problema?
- b) ¿Desde qué perspectivas habla?
- c) ¿Qué sesgos se pueden encontrar?
- d) ¿Qué tipos de solución se indican: para qué sirve, a quién favorece, desde qué tipos de pensamiento, etc.?
- e) ¿Qué tipo de argumentación y presentación realiza?
- f) ¿Qué aspectos existen que tengan que ver con la aceptación, la legitimación y la productividad de lo que se propone?
- g) ¿Tiene algún sesgo o argumentos que transmiten machismo o etnocentrismo?
- h) ¿En qué tipos de historia o antecedentes se fundamenta: cómo se presenta, para qué sirve?

Ejercicios de autoevaluación

1. La retórica de la pseudociencia se refiere y se utiliza para indicar que...

- a) existe una ciencia mala o mal hecha y otra buena.
- b) la ciencia está dividida entre varias pseudociencias que se complementan.
- c) no existe ninguna diferencia entre una ciencia y otra.
- d) Ninguna de las respuestas anteriores es correcta.

2. El androcentrismo y el sexismo se diferencian...

- a) en nada.
- b) en el hecho de que el androcentrismo considera al hombre como centro de todas las cosas y el sexismo no dice cuál de los dos sexos funciona como centro o norma.
- c) en el hecho de que el sexismo considera al hombre como centro de todas las cosas y el androcentrismo no dice cuál de los dos sexos funciona como centro o norma.
- d) en el hecho de que el sexismo constituye una forma específica del androcentrismo.

3. El seguimiento de las directrices de la racionalidad moderna positivista ha comportado que la Psicología...

- a) produzca un conocimiento flexible y libre de prejuicios e ideología.
- b) no tenga en cuenta el contexto sociohistórico ni los significados y valores de un determinado sistema social.
- c) se abra a la interdisciplinariedad e incorpore la deconstrucción como método.
- d) no tenga en cuenta la necesidad de la objetividad y la neutralidad para hacer ciencia.

4. Para Elias, la utilización de los términos es importante para...

- a) mostrar el nivel de evolución de una ciencia.
- b) mostrar el nivel de conocimiento de una materia.
- c) avanzar en la comprensión de un momento histórico concreto.
- d) Ninguna de las respuestas anteriores es correcta.

Solucionario

1. a; 2. b; 3. b; 4. c.

Glosario

androcentrismo *m* Análisis de la realidad social que coloca al hombre como medida y modelo de todas las cosas.

biopolítica *f* Control de las poblaciones a partir de su conocimiento y el incremento de la productividad. Asimismo, se trata de una forma de “gubernamentalidad” del capitalismo.

ciencias humanas *f pl* Ciencias que consideran al “hombre” como su objeto de estudio científico. Entre las mismas se encuentra la Psicología.

deconstrucción *f* Acción de desmontar estructuras que se dan por sabidas para poder conocer la manera en que se han organizado y las fuerzas o premisas no explícitas que las constituyen.

feminismo *f* Movimiento sociopolítico que busca concienciar, así como cambiar el lugar que ocupan las mujeres en los sistemas sociales y el saber, en términos de opresión y dominación. Existe muchas variantes: burgués, sufragista, católico, socialista, marxista, radical, de la igualdad, de la diferencia, posmoderno.

historicidad *f* Tendencia particular en cada época o civilización a explicar los fenómenos sociales de acuerdo con unos sistemas de valores, reglas y formas particulares de conocer.
sin.: historicismo

historicismo *m* Véase historicidad.

ideología *f* Concepto con múltiples definiciones, íntimamente vinculado al de poder, y que marca las relaciones de desigualdad social que se establecen entre grupos, simbolizadas a partir de las ideas y discursos.

institucionalización *f* Proceso a partir del cual un conjunto de reglas sobre las actividades y comportamientos sociales recibe algún tipo de regulación. Asimismo, implica la manera en que se constituye un orden social determinado de acuerdo con el proceso de producción y repetición. También se produce a partir de la interacción social.

patriarcado *m* Dominio de los hombres en un sistema social con todo lo que ello comporta, incluso la consideración de que la toma de poder de los hombres puede tener una razón biológica.

posmodernidad *f* Término construido a partir del de *modernidad* que indica que la base de la misma, la razón, constituye un relato como cualquier otro y que en la posmodernidad dejaría de ser el fundamento básico y pasaría a ser analizado.

Bibliografía

Alvarez-Uría, F. (1992). *Marginación e inserción*. Madrid: Eudymion.

Berger, P. L. y Luckmann, T. (1966). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.

Bruner, J. (1990). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*, Madrid: Alianza Editorial, 1991.

Foucault, M. (1975). *Vigilar y Castigar*. Madrid: Siglo XXI, 1982.

Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI, 1989.

Foucault, M. (1977-1978). La “gubernamentalidad”. En A. Gabilondo (1999). *Estética, ética y hermenéutica*, 175-198. Barcelona: Paidós.

Foucault, M. (1979). Nacimiento de la biopolítica. En A. Gabilondo (1999). *Estética, ética y hermenéutica*, 209-215. Barcelona: Paidós.

Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós.

Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: La Piqueta.

Garay, A. (1999). *Construyendo tecnologías de reproducción asistida, construyendo mundos. Un ejercicio de análisis del discurso*. Trabajo de investigación para el Programa de Doctorado de Psicología Social de la UAB.

Gergen, K. y Shotter, J. (1989). *Significant differences. Feminism in Psychology*. London: Routledge.

Gergen, K. (1991). *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós, 1992.

Gergen, K. (1994). *Realidades y Relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós, 1995.

Gergen, K. J. (1982). *Toward Transformation in Social Knowledge*. London: Sage, 1994.

Gergen, K. J. (1989). La psicología posmoderna y la retórica de la realidad. En T. Ibáñez, (comp.), *El conocimiento de la realidad social*, 157-185. Barcelona: Sendai.

Gergen, K. y Davis, K. E. (ed.) (1985). *The social construction of the person*. New York: Springer-Verlag.

González, J. M. (1996). El individuo y la sociedad. En M. Cruz (comp.), *Tiempo de subjetividad*, 19-38. Barcelona: Paidós.

Harré, R. (Ed.) (1986). *The social constructions of emotion*. Oxford: Basil Blackwell.

Ibáñez, T. (1990). *Aproximaciones a la psicología social*. Barcelona: Sendai.

Kessler, S. y McKenna, W. (1978). *Gender, an ethnomethodological approach*. New York: Wiley.

Kitxinger (1987). *The social construction of lesbianism*. London: Sage Publications.

Kizinger, C. (1990). The Rhetoric of pseudoscience. En I. Parker y J. Shotter *Deconstructing Social Psychology*. London: Routledge, 1990.

Michael, M. (1991). Postmodern subjects: towards a transgressive social psychology. En S. Kvale *Psychology and Postmodernism. Inquiries in Social Construction*, 74-87. London: Sage, 1992.

Rose, N. (1997). El gobierno en las democracias liberales "avanzadas": del liberalismo al neoliberalismo. *Archipiélago*, 29, 25-41.

Rose, N. (1996). *Inventing our selves*. Cambridge: Cambridge University Press.

Sau, V. (1981). *Diccionario ideológico feminista*. Barcelona: Icària, 2000.

Shotter (1987). The rethoric of theory in psychology. *Current issues in Theoretical Psychology*, 283-296.

Walkerdine, V. (2001). *Psicología crítica y Neo-liberalismo. Perspectivas europeas y latinoamericanas en diálogo*. Santiago (Chile): I Encuentro Internacional de Psicología Social Crítica.

Anexo

Actividad de formación: propuesta de lecturas y guía de lecturas para trabajarlas con detalle

A continuación, y tal como os hemos explicado en la introducción del módulo, presentamos lo que constituye, a nuestro entender, un trabajo primordial en el contexto de reflexión y de integración de los contenidos expuestos. Para estructurar esta actividad, constituida para unas lecturas seleccionadas previamente, hemos procedido a realizar una primera introducción donde se explica el porqué y el funcionamiento de la guía de lectura; seguidamente, presentamos la propuesta de análisis y, por último, desarrollamos lectura por lectura el modelo para que pueda servir de referencia por el trabajo que debe realizarse de acuerdo con los objetivos del módulo.

1) Introducción: por qué una guía de lectura

Quizá os podéis preguntar: ¿por qué una guía de lectura como propuesta docente?

Existen unas cuantas razones. Pensad que con frecuencia damos a conocer lo que transcurre en el ámbito de debates teórico-prácticos, e influencias sociales e institucionales a partir de referirnos tanto a trabajos, como a grupos o personas que en un momento dado han tenido un peso importante, o a partir de textos que nos hacen llegar propuestas sobre cómo se han producido estas dinámicas, sobre la base de qué dilemas y con qué tipo de resultado. Por esta razón, una propuesta de textos de lecturas que confrontan directamente estas situaciones, con planteamientos tan descriptivos como propositivos, parece seguramente una buena manera de ayudar a acercarse al conocimiento y a la comprensión de situaciones y momentos que son muy complicados de exponer.

2) Propuesta general de análisis

De los fragmentos siguientes de textos de autores citados en el texto, os presentamos un tipo de guía de lectura que permita profundizar y entender lo que se ha expuesto en el módulo y que, de hecho, tiene en cuenta todo el desarrollo de la asignatura.

Consideramos que son textos no sólo para leer, sino también para estudiar. Por tanto, es mejor evitar las prisas y concentrarse en captar lo que el autor aborda y quiere exponer. En ocasiones, la conexión con cualquier texto, aunque en este caso presupone el conocimiento de la materia del módulo, genera sensación de pérdida o falta de recursos. Sin preguntas, cualquier texto permanece cerrado; los textos nos hablan desde los interrogantes que les planteamos, o las expectativas de encontrar respuesta a las cuestiones que el autor aborda.

Algunas de las preguntas generales que pueden guiar la lectura de estos textos podrían ser las siguientes:

- ¿Cuáles son los problemas centrales planteados por el autor?
- ¿Cómo fundamenta su tesis?
- ¿Qué problemas de comprensión hemos tenido en la lectura del texto?
- ¿Podemos cuestionar algunas afirmaciones? ¿Cuáles?
- ¿Qué relación existe entre las cuestiones que se han debatido aquí y nuestros conocimientos anteriores?

3) Presentación de textos y guía de trabajo

Os presentamos tres textos. El primero cuestiona la racionalidad moderna y critica sus bases. Los otros dos nos presentan una lectura contextualizada de dos de los paradigmas más dominantes en la Psicología: el conductismo y el cognitivismo.

Texto 1

Introducción

El primer texto que os presentamos es un artículo de Tomás Ibáñez. En este último, se cuestionan las bases de la racionalidad moderna, para lo que analiza y critica los mitos sobre los que se sostiene.

Para contextualizar la aportación del texto, os recordamos que Ibáñez es el psicólogo social del Estado español que ha desarrollado con más énfasis su producción hacia la crítica de la Psicología como un dispositivo de poder. Vale la pena remarcar algunos supuestos planteados desde una propuesta para una psicología posmoderna:

Un conocimiento pospositivista no puede dejar de considerar, como mínimo:

- El carácter simbólico de la realidad social y su efecto en la misma constitución.
- El carácter histórico de la realidad social.
- La desnaturalización de la mayoría de las categorías con las que se analiza el mundo.

Por otro lado, los trabajos de Tomás Ibáñez ponen un énfasis especial en la explicación de las crisis de la Psicología Social dentro de crisis más generales de ámbito sociopolítico y en relación con los debates mantenidos también en el interior de las denominadas ciencias duras.

Entre las bases de su análisis de los efectos y procesos de institucionalización de la Psicología, se pueden resaltar tanto los efectos autoritarios (señalados a lo largo del módulo), como la historia de los “vencedores” con frecuencia ofrecida en la mayoría de los manuales y recopilaciones de la historia, en este caso concreto, de la Psicología Social.

Guía básica de lectura

1. Fijaos en la construcción social de la realidad que caracteriza a la psicología dominante y cuál es el aceptado como conocimiento válido para acceder a la misma.
2. Distinguir cuáles son los mitos que caracterizan una buena parte de la psicología instituida y la dificultad de abandonarlos.

Elementos concretos para buscar y reflexionar

- Realidad como independiente de la manera de conocerla: ¿cómo opera y por qué?
- Mito del conocimiento válido como representación: ¿cómo opera y por qué?
- Mito del objeto de estudio: ¿cómo opera y por qué?
- Mito de la “verdad” como criterio: ¿cómo opera y por qué?

¿Cómo se puede no ser constructivista hoy en día?

T. Ibáñez

El legado de la modernidad

Hace unos cuantos meses, cuando comuniqué el título de esta conferencia a los organizadores del congreso, le daba cierta entonación de perplejidad y asombro. Para mí, la interrogación ¿cómo se puede no ser constructivista hoy en día? encerraba la misma carga de estupefacción que si hubiera preguntado: ¿cómo se puede no creer hoy en día que la Tierra gira en torno al Sol? Sin embargo, a medida que fui dándole vueltas al tema, el tono fue cambiando poco a poco. Y es que, lo que de verdad es asombroso no es que se pueda no ser constructivista o construccionista hoy en día, sino que algunos seamos construccionistas. Todo predispone, en efecto, a no serlo, y quienes no son construccionistas lo tienen en realidad muy fácil. Basta con dejarse llevar por la corriente, basta con no ser críticos respecto de algunas de las evidencias mejor arraigadas en nuestra cultura, basta con dar por buenos los postulados básicos de la modernidad.

Bien, constructivistas o no, todos los que nos movemos en el campo de la psicología, sea cual sea nuestra especialidad, estamos confrontados con determinadas realidades psicológicas y, eventualmente, con el reto profesional de intervenir sobre esas realidades para intentar producir, deliberadamente, ciertos efectos. Para ello es necesario, claro está, disponer de un buen conocimiento de la realidad psicológica que solicita nuestra atención.

Realidad-conocimiento: dos palabras que son, a mi entender, absolutamente claves. Pero ¿en qué consiste la realidad? ¿En qué consiste su conocimiento?

Aquí es precisamente donde las respuestas de los construccionistas y de los que no lo son divergen considerablemente. Para articular su respuesta los no construccionistas echan mano de la «ideología de la representación» que baña toda la modernidad. Esta ideología alimenta, a su vez, cuatro potentes mitos de los que me gustaría hablar aquí. Se trata de:

- el mito del conocimiento válido como representación correcta y fiable de la realidad,
- el mito del objeto como elemento constitutivo del mundo,
- el mito de la realidad como entidad independiente de nosotros, y
- el mito de la verdad como criterio decisorio.

Estos cuatro mitos forman habitualmente síndrome. Están interconectados y bloquean, de forma decisiva, la posibilidad misma de adoptar un punto de vista construccionista.

Abandonar estos mitos resulta extraordinariamente costoso. Piénsese, por ejemplo, lo difícil que nos ha resultado abandonar el pesado legado cartesiano que diferenciaba «clara y distintamente» dos mundos, el «mundo interior» y el «mundo exterior», y que, a partir de esta dicotomía radical entre interior/exterior, ubicaba en el seno del espacio interior un conjunto de entidades mentales, o psicológicas, tales como los pensamientos, las creencias, los deseos, los sentimientos, las intenciones, etc. Descartes nos ponía de esta forma en el aprieto de tener que explicar la manera en que esas entidades habían sido engendradas en el ámbito del espacio interior. Es decir, en nuestra mente y nuestra psique. O bien la forma en que habían conseguido penetrar desde fuera en ese espacio y asentarse en él, colonizando nuestra cabeza. El aprieto era tan incómodo que para intentar salir de él sin cuestionar, por supuesto, la dicotomía cartesiana se llegó incluso a formular posturas tan sumamente desafortunadas como son el conductismo o el mentalismo.

Hoy, por suerte, son cada vez más numerosos quienes dan la espalda al legado cartesiano, y quienes sostienen que las llamadas «entidades mentales» ni nacen dentro de nuestra cabeza, ni tampoco se introducen en ella mediante nuestra experiencia conductual, sino que radican y se fraguan en el tejido relacional, en el espacio de vida, en el entramado social, en el magma simbólico, que construyen literalmente a eso que llamamos «los individuos», a la vez que son construidos por éstos. Se asume, en otras palabras, que lo que llamamos entidades mentales pertenecen a la discursividad en que se baña, y de la que está hecho en parte, todo ser social. Cuando se rechaza la dicotomía interior/exterior, la «realidad psicológica» se presenta, claro está, bajo otras características y se abren nuevas perspectivas para su investigación.

Pues bien, si no fue nada fácil desprendernos de la herencia cartesiana (nos ha costado varios siglos conseguirlo y, por lo que leemos en las revistas de psicología, vemos que aún quedan algunos colegas que no lo han conseguido), parece que aún resulte más difícil deshacernos del legado ideológico de la modernidad. Es decir, del legado que la Ilustración contribuyó a forjar tan eficazmente, y que sirve como dispositivo ideológico para legitimar cierta concepción de la racionalidad científica. Este dispositivo alimenta todas las concepciones «representacionistas» del conocimiento científico, desde el más trasnochado de los positivismos hasta las formas más recientes de realismo. La Ilustración contribuyó decisivamente a hacer que la razón científica tomara la forma de una potente «retórica de la verdad» con todos los efectos de poder social y de exigencias de sumisión que acompañan siempre a cualquier retórica de la verdad.

El procedimiento utilizado para situar a la razón científica como la retórica de la verdad propia de la modernidad fue de una simplicidad asombrosa. Consistió simplemente en hacernos creer que no somos nosotros, con todas nuestras limitaciones, quienes construimos el criterio de validez de los conocimientos científicos mediante un conjunto de prácticas sociales que son necesariamente históricas y contingentes, por eso mismo de que son precisamente «nuestras». Se nos hizo creer que el criterio que define al conocimiento válido, es decir científico, es independiente de nosotros; nos trasciende literalmente y escapa a lo que podamos opinar o creer acerca de él. Para ello era preciso arrancar ese criterio fuera de la esfera de lo que es «simplemente humano» y situarlo en otro lugar, en un lugar que fuese inmune a nuestras cambiantes apreciaciones, y el mejor de todos los lugares posibles no era sino la propia «realidad». De esta forma no éramos «nosotros» sino que era la realidad ella misma quien se encargaba de decirnos si lo que afirmábamos acerca de ella era acertado o no lo era. Podíamos inventar,

por supuesto, las descripciones, las explicaciones y las teorías que nos viniesen en gana, pero era el tribunal de los hechos quien debía dictaminar en última instancia, y era la propia realidad quien debía decir si habíamos atinado o si habíamos errado. Se nos ha hecho creer, y lo hemos creído, que si un conocimiento científico es correcto, lo es precisamente porque es tolerado por la realidad, porque ésta no lo desmiente, porque se corresponde con ella y la representa convenientemente. Por supuesto, siempre se puede buscar una correspondencia más fina, más precisa, y en ello radica, según nos dicen, el progreso científico, pero si bien somos dueños de las preguntas que podemos formular a la realidad y somos también responsables de la elaboración de las respuestas, tan sólo *la propia realidad* tiene en su mano la decisión última en cuanto a la aceptabilidad de esas respuestas.

Comulgar con esa concepción nos conduce a admitir, por ejemplo, que el átomo nos obliga a hablar de él de tal o cual manera porque él es de tal o cual manera, y lo mismo pasa con la motivación de logro o con las representaciones sociales o con la esquizofrenia. A partir del momento en que aceptemos que es la realidad quien dicta los discursos sobre la realidad y quien selecciona los que son adecuados, es obvio que debemos renunciar a una perspectiva plenamente construccionista.

El mito de la representación

Sin embargo, quienes afirman con total tranquilidad que el conocimiento científico es válido en la medida en que refleja, se adecua, o se corresponde con la realidad, quienes pretenden que el conocimiento científico nos dice con cierta precisión cómo es la realidad, están profiriendo una enorme barbaridad lógica. Porque resulta que para saber si dos cosas se corresponden, hay que compararlas, y para compararlas hay que acceder a cada una de ellas con independencia de la otra. ¿Cómo accedemos a la realidad con independencia del conocimiento que tenemos de ella para poder compararla así con ese conocimiento? Nadie, por supuesto, ha sabido decirlo, y sin embargo, por curioso que parezca, la concepción representacionista del conocimiento sigue predominando ampliamente en nuestra cultura.

Quizás, como creen los representacionistas siguiendo a Galileo, sea cierto que el gran libro de la naturaleza está ampliamente abierto ante nuestros ojos y que este libro esté incluso escrito con el lenguaje de las matemáticas, ¡no importa lo más mínimo, porque nunca podremos leerlo! Siempre deberemos recurrir a una traducción hecha por nosotros mismos, sin que nunca nos sea dado poder cotejarla con el original para comprobar su fidelidad. ¿Pero entonces, qué sentido tiene hablar de traducción? Cualquier traducción requiere un original ¿qué es lo que estamos traduciendo si no tenemos acceso al original? Cuando elaboramos un conocimiento no estamos representando algo que estaría ahí fuera en la realidad, como tampoco estamos traduciendo esos objetos exteriores en ecuaciones y en enunciados, estamos construyendo de par en par un objeto original que no traduce nada y que no representa ningún trozo de realidad con el cual estaría en correspondencia. Pensar lo contrario exigiría que demos por buenas ideas tan absurdas como que se puede traducir un texto del que no se dispone, o como que se puede representar algo que se desconoce por completo.

Abandonar la creencia de que el conocimiento válido, o adecuado, es adecuado precisamente porque representa correctamente aquello sobre lo cual versa, es un paso obligado para desembocar sobre una perspectiva construccionista. Este paso conduce a situar el conocimiento científico como conocimiento simplemente relativo, aunque sólo sea en términos de relativismo conceptual. El conocimiento científico recurre a conceptos y a categorías que son estrictamente convencionales, es

decir que no representan nada sino es porque nosotros hemos decidido que representan algo. Nada puede representar a otra cosa si no es mediante una decisión puramente convencional. Por decirlo de otra forma, el «original» es su propia representación, si es que nos empeñamos en hablar de representación, y cualquier otra cosa que pretendiera representarlo de forma no convencional debería ser absolutamente idéntico con él mismo, con lo cual ya no sería, obviamente, otra cosa y no tendría sentido hablar de representación.

El mito del objeto

Quienes participan, y son muchos, de la concepción representacionista del conocimiento, creen que el secreto de la relación privilegiada que el conocimiento científico establece con la realidad se encuentra en ese conjunto de procedimientos (llamado «el método científico») que los científicos utilizan para alcanzar la objetividad. Es decir, para impedir que las condiciones de producción del conocimiento queden inscritas en éste, lo determinen o lo contaminen. La objetividad implica, entre otros elementos fundamentales, que se neutralice cualquier influencia del sujeto productor de conocimientos sobre los conocimientos producidos. Se postula de esta manera una estricta separación, una dicotomía radical entre sujeto y objeto que aparecen, por lo tanto, como los dos polos pre-establecidos, pre-existentes, necesarios ambos a la generación del conocimiento, pero siempre que no se mezclen y se confundan. La estricta dicotomía sujeto-objeto, garantía de la objetividad, conduce a autonomizar el producto, es decir tal o cual conocimiento científico, de sus condiciones particulares de producción. El conocimiento científico aparece plenamente de esta manera como un «proceso sin sujeto». Esta separación radical entre el producto y el proceso que lo produce no deja de evocar el mito religioso de la «inmaculada concepción», pero aplicado, esta vez, al ámbito del quehacer científico, y defendido, curiosamente, por quienes más se precian de ser rigurosamente científicos.

Está claro que el mito de la objetividad y de la posibilidad misma de una separación radical entre sujeto y objeto, tornan muy problemática la adopción de un punto de vista constructorista.

El contruccionismo disuelve la dicotomía sujeto/objeto afirmando que ninguna de estas dos entidades existe propiamente con independencia de la otra, y que no da lugar a pensarlas como entidades separadas, cuestionando así el propio concepto de objetividad.

De hecho, el construccionismo se presenta como una postura fuertemente des-reificante, des-naturalizante, y des-esencializante, que radicaliza al máximo tanto la naturaleza social de nuestro mundo, como la historicidad de nuestras prácticas y de nuestra existencia. Desde esta perspectiva, el sujeto, el objeto y el conocimiento, se agotan plenamente en su existencia sin remitir a ninguna esencia de la que dicha existencia constituiría una manifestación particular, como tampoco remiten a ninguna estabilidad subyacente de la que constituirían una simple expresión particular. En definitiva, el carácter literalmente construido del sujeto, del objeto y del conocimiento arranca estas entidades fuera de un supuesto mundo de objetos naturales que vendrían dados de una vez por todas.

Está claro que si el objeto se agota plenamente en su existencia y si requiere un sujeto para poder existir, entonces la existencia del objeto implica, en el sentido más fuerte de la palabra, la presencia del sujeto, sin que tenga el menor sentido hablar de su separabilidad.

Cuidado, no es que el construccionismo pretenda excluir el uso de palabras como sujeto y objeto, cuya utilidad práctica es

evidente, se trata simplemente de alterar su contenido conceptual y las implicaciones de su uso.

Aparte de la dicotomía sujeto/objeto, la creencia en la objetividad implica también algo que nos interesa aquí de manera muy directa. La objetividad requiere en efecto que haya un objeto, que aquello sobre lo cual elaboramos conocimientos objetivos exista con independencia del conocimiento elaborado, que la realidad investigada exista previamente a su investigación y que no se modifique por causa de las operaciones que articulamos para producir conocimiento.

De alguna forma, la creencia en la objetividad conlleva una profesión de fe «realista» muy cercana al realismo de sentido común. Ese realismo de sentido común que impregna con una tremenda fuerza nuestra forma de pensar, nos hace dar por sentado que los objetos que conocemos son como son con independencia de nuestras propias características en tanto que sujetos y con independencia del conocimiento que forjamos sobre ellos. Aquí también parece claro que para desarrollar una postura razonablemente constructorista, es imprescindible aceptar la idea de que no existen objetos naturales, de que los objetos son como son porque nosotros somos como somos, los hacemos, tanto como ellos nos hacen, y por lo tanto, ni hay objetos independientes de nosotros, ni nosotros somos independientes de ellos. Frente al mito del objeto no podemos dejar de insistir sobre el hecho de que el propio concepto de «objeto» es convencional, y depende de lo que decidimos definir como un «objeto». Esto significa que ningún objeto existe como tal en la realidad. Lo que tomamos por «objetos naturales» no son más que objetivaciones que resultan de un conjunto de prácticas que los instituyen como tales mediante un juego de convenciones.

Con cierta frecuencia se alude a los «descubrimientos» realizados por la investigación científica para defender la creencia de que existen objetos «naturales» pre-existentes a cualquier conocimiento que alcancemos acerca de ellos e independientes de que los descubramos o no. Se nos dice que es porque el microbio de la rabia existía efectivamente por lo que Pasteur pudo descubrirlo. Se nos dice que existía antes de su descubrimiento y que hubiera seguido existiendo igualmente aunque ni Pasteur ni nadie lo hubiese descubierto. Aceptar este planteamiento es olvidar que los «hechos» científicos están hechos en el sentido más pleno del verbo hacer. Por decirlo de manera un tanto provocativa, en ciencia «el ser» no antecede al «conocimiento del ser», los hechos no anteceden a su investigación sino que resultan de dicha investigación. El investigador no «descubre» nada, no saca a la luz del día algo que estaba escondido antes de que él consiguiera verlo. Lo que hace cualquier investigador es construir algo que tan solo se transformará en un auténtico «hecho científico» después de que intervenga un complicado proceso al que concurren múltiples redes sociales, conjuntos de convenciones, entramados de relaciones de poder, series de procedimientos retóricos, y es todo esto lo que acabará por transformar eventualmente en un «hecho científico» tal o cual construcción realizada por tal o cual investigador. Claro que una vez que un hecho científico ha sido instituido como tal a través de ese largo proceso social, acaba siempre por autonomizarse del proceso que lo ha creado y se presenta como «algo» que siempre estuvo «ahí», esperando pacientemente que «alguien» lo descubriese.

El mito de la realidad independiente

¿Pero si no hay, propiamente hablando, «objetos» en la realidad, entonces qué es lo que hay? Con ánimo de ser provocativo me gustaría contestar que no hay sencillamente nada, pero para evitar crear malentendidos, me limitaré a decir que sólo hay lo que ponemos en ella. Pero cuidado, esto no significa que podamos poner en ella cualquier cosa que se nos antoje arbitrariamente,

significa simplemente que la realidad no existe con independencia de las prácticas mediante las cuales la objetivamos y, con ello, la construimos. La realidad es siempre «realidad-para-nosotros», «realidad-desde-nuestra perspectiva». Cualquier otra cosa que pueda ser la realidad forma parte del universo de lo «no-pensable», no digo de lo «especulativo», o de lo «fantasioso», sino literalmente de lo «no-pensable».

Por supuesto, cuando se afirma que la realidad no existe a no ser como resultante de nuestras prácticas de construcción de la realidad y de todas aquellas características propias (biológicas, sociales, etc.) que conforman precisamente «nuestra perspectiva», se corre el riesgo de ser tildado de «idealista» y de «solipsista». ¿Acaso no existen los árboles? ¿Acaso no existen los rayos y truenos? ¿Acaso el trueno no resuena en los cielos aunque yo sea sordo? ¿Acaso no hay por ahí paranoicos y depresivos?

Está claro que todo esto existe, con total independencia de lo que pueda pensar, decir, o desear cualquiera de nosotros individualmente considerado. Sin embargo, todo esto existe porque lo hemos construido como tal, colectivamente, a través de un largo proceso histórico íntimamente relacionado con nuestras características en tanto que seres humanos. Es lo que nosotros somos, en los diversos planos que nos constituyen (el biológico, el físico, el social, etc.), junto con lo que *hacemos* (lo que hemos hecho a lo largo de la historia), lo que hace que la realidad exista en la forma en que existe efectivamente. La afirmación según la cual la realidad no existe con independencia de nosotros puede ilustrarse fácilmente sobre la base de las tres consideraciones siguientes:

a) Todos sabemos hace tiempo que los colores no existen en la naturaleza, y que somos nosotros quienes los construimos en nuestra cabeza por razones estrictamente imputables a nuestra peculiar conformación sensorial. Es claro que si nuestra estructura sensorial fuese de otro tipo, ni la nieve sería blanca, ni el mar sería azul. Entonces, ¿cómo es «en realidad» la nieve? ¿Cómo es, con independencia de la forma en que la vemos y la conocemos? La pregunta no tiene respuesta posible, y sin embargo la afirmación de que «la nieve es blanca» constituye sin duda una afirmación verdadera. Pero no porque esta afirmación se corresponda con la realidad, sino porque lo que somos hace que sea verdadera («lo que somos», y habría que añadir para mayor precisión: «y las convenciones que hemos creado»).

b) También sabemos que los sonidos no existen en la realidad, sólo existen como producto de determinados aparatos auditivos, y sin embargo es cierto que los rayos se siguen para nosotros de un trueno y que hay truenos más fuertes que otros.

c) Hasta aquí parece que sólo estemos hablando de la vieja cuestión de las cualidades sensibles secundarias, pero ¿verdad que si en lugar de tener el tamaño que tenemos sólo tuviéramos el tamaño de un átomo sin que ninguna otra cosa cambiase tampoco los árboles existirían? Algo diferente existiría en su lugar y así sucesivamente...

Bien, quiero insistir sobre el hecho de que al afirmar que la realidad no existe independientemente de nosotros, o lo que es lo mismo, que sólo hay en la realidad lo que nosotros ponemos en ella, no se está sugiriendo que podemos conformar la realidad a nuestro antojo y poner en ella lo que nos venga en gana. Lo que «somos», social, biológica y físicamente constriñe decisivamente el modo en que podemos construir la realidad, pero, desde luego, es innegable que ésta no viene dada, sino que la construimos. Hay que abandonar el criterio de una realidad independiente si se quiere entrar en una perspectiva construccionista, y esto al parecer no es cosa fácil para quienes han conformado sus creencias en el mareo hegemónico de la modernidad.

El mito de la verdad

Es bien conocido que la modernidad ha conferido a la razón científica la dificultad de decir lo que es verdadero y lo que no lo es. Antes, eran otras entidades, otros dispositivos, quienes regulaban el régimen de la verdad en el seno de la sociedad. Pero a través de las múltiples variaciones que ha conocido el criterio de la verdad, hay algo que se ha mantenido constante a lo largo de la historia, porque en ello radica precisamente el sentido mismo de la verdad: su carácter absoluto y trascendente.

En efecto, la verdad no puede en modo alguno ser relativa a circunstancias o consideraciones particulares. Si algo es verdadero lo es y punto, porque si empezamos a decir que tan solo es verdadero desde tal perspectiva, o para tal comunidad, o momentáneamente, entonces estamos diciendo que no es del todo verdadero, que no es verdaderamente verdadero, sino que tan solo se considera como tal en circunstancias especificables y desde puntos de vista particulares. En otras palabras, la verdad no puede estar supeditada a nuestros deseos, creencias, decisiones, y características, debe ser universal y absoluta, debe trascender el carácter necesariamente cambiante y contingente de la subjetividad humana y de la intersubjetividad que la nutre. Para ello, la única solución consiste en ubicar el criterio de la verdad fuera de la historia, fuera de la cultura, fuera de la sociedad, fuera del mundo de las prácticas y de las producciones simplemente humanas, es decir, en definitiva, fuera de lo que es contingente y variable. Si la verdad dependiera de nosotros, dejaría inmediatamente de ser verdadera y perdería toda capacidad para desempeñar las funciones reguladoras que tiene asignadas y que no son otras que las de producir el consenso y la sumisión sin necesidad de recurrir a la fuerza.

Está claro que a partir del momento en que asumimos la creencia en la verdad, estamos afirmando que ésta no depende de nosotros, y estamos declarando por lo tanto que existe una instancia no humana que la establece y la regula, llámese a esta instancia Dios, la realidad, la ciencia, o las leyes del universo.

Por muy atractiva que nos parezca la concepción construccionista, difícilmente podremos asumirla mientras sigamos participando de la creencia en la verdad. En efecto, esta creencia nos obliga a admitir que existe por lo menos algo que no es obra nuestra, algo que no construimos, algo tan importante como es el propio criterio que establece la validez de nuestros conocimientos.

Para poder desarrollar una perspectiva plenamente construccionista, es indispensable romper radicalmente con la creencia en la verdad. Los criterios de la verdad son obra nuestra, y por lo tanto son tan contingentes y tan relativos a nuestras cambiantes prácticas como cualquier otra cosa que resulte de nuestro quehacer, no hay por lo tanto nada que sea verdad en el sentido abstracto de la palabra.

Pero entonces, dirán ustedes, tampoco el construccionismo es verdadero, o más verdadero que los planteamientos alternativos.

¡Por supuesto que el construccionismo no es verdadero o más verdadero que las demás alternativas! Pero esto no significa ni mucho menos que no dispongamos de criterios para decidir si merece la pena, o no, trabajar en una orientación construccionista. Nos quedan exactamente los mismos criterios que utilizamos para evaluar cualquier otro conocimiento después de haber abandonado el criterio de la verdad. Nos quedan los criterios de juicio acerca de su coherencia, de su utilidad, de su inteligibilidad, de las operaciones que permite realizar, de los efectos que produce, del rigor de su argumentación... en definitiva, no su valor de verdad, sino su valor de uso, y su adecuación a las finalidades que asignamos, nosotros mismos, al desarrollo de tal o cual tipo de conocimiento.

A partir del instante en que nos percatemos de que no podemos hacer recaer sobre «el mundo tal y como es» la responsabilidad de decidir acerca de la validez de los conocimientos, de que no hay «trozos de lenguaje» que se «correspondan» con «trozos de la realidad», y en definitiva, de que los criterios de validez no están «fuera de nosotros mismos», ya no nos queda más remedio que aceptar lo que la ideología de la racionalidad científica moderna se ha empeñado en negar durante siglos, es decir, aceptar que esos criterios son plenamente nuestros. Y si son nuestros, esto significa que los hemos construido nosotros mismos mediante nuestras prácticas colectivas, y que son por lo tanto relativos a dichas prácticas y a las características de sus agentes.

Una última precisión para evitar malentendidos. El rechazo de la creencia en la verdad no significa que se niegue la utilidad del concepto práctico de la verdad que informa nuestra vida cotidiana. Si la gente no tuviera un sentido práctico de la verdad, si no considerara, por ejemplo, que es verdad que uno no se puede tirar de un quinto piso y volar como un pájaro, que es verdad que si pone la mano en el fuego se quemará, o que es verdad que los nazis utilizaron campos de exterminio, pronto no quedaría físicamente nadie para preguntarse acerca de la verdad. Pero esta discriminación práctica entre lo verdadero y lo falso se asienta sobre las operaciones que posibilitan nuestra propia existencia en el mundo, no exige ningún principio trascendental que fundamente la verdad en otra cosa que no sean nuestras propias prácticas, simplemente humanas.

A modo de conclusión

Hasta aquí he hablado en términos muy generales, pero es obvio que todo lo dicho vale también, si acaso de forma aún más contundente, para las realidades psicológicas, su conocimiento y su construcción. En efecto, los seres humanos somos indudablemente seres sociales y resulta que cualquier cosa que sea adjetivable como «social» conlleva necesariamente una dimensión simbólica que la instituye como tal. El hecho de que lo social presente siempre una dimensión simbólica implica que los conocimientos que producimos sobre los seres sociales revierten necesariamente sobre sus características, puesto que afectan al magma simbólico que constituye en parte a estos seres.

Cuando los significados son constitutivos de algo, por ejemplo de los seres sociales, es obvio que un proceso que toma la forma de una producción de significados, por ejemplo la elaboración de conocimientos científicos, incide necesariamente sobre ese algo. Allí donde los significados tienen «eficacia causal», crear o modificar significados se constituye en una actividad productiva de nuevas realidades.

Pero cuidado, cuando se afirma que el principal vehículo de significados, es decir, el lenguaje, es formativo de la realidad, no se está afirmando que la realidad sea de naturaleza lingüística, ni que sea suficiente con cambiar el nombre de las cosas para cambiarlas. Lo que se está sugiriendo es simplemente que la producción de conocimientos psicológicos tanto por parte de las personas en el transcurso de su vida cotidiana como por parte de los psicólogos en su quehacer profesional, contribuye a definir la realidad psicológica en el acto mismo de conocerla y hablar de ella.

En esta medida es obvio que el conocimiento de la realidad psicológica nunca es inocente, siempre genera efectos que van mucho más allá de sus aplicaciones deliberadas para transformar eventualmente esa realidad. Si cabe dudar, y yo lo dudo efectivamente, de que el conocimiento científico en general pueda pretender algún tipo de neutralidad, ni siquiera hay lugar para esta duda en el caso del conocimiento psicológico, éste carece por completo de neutralidad y en tanto que conforma la realidad que pretende investigar está claro que presenta siempre un carácter intrínsecamente normativo. La problemática de los

valores aparece así en primerísimo plano y con ella surge de forma inescapable la cuestión del compromiso. Pero ya no se trata de un compromiso limitado al uso particular que podemos hacer de los conocimientos psicológicos, sino que plantea directamente, y de forma mucho más radical, la cuestión de cual es el tipo de conocimientos que elegimos producir. De esta elección va a depender, claro está, el tipo de realidad psicológica que vamos a contribuir a construir efectivamente, y ésta es una responsabilidad de la que tenemos que ser conscientes en tanto que profesionales de lo psicológico.

Bien, está claro que lo que he hecho hasta aquí no es sino contar una historia. Una historia particular entre las otras muchas que se pudieran haber contado. Pero también está claro que lo único que podía hacer era precisamente eso: contar una historia. Siento el mayor de los respetos por las otras historias que se podrían haber contado aquí, o que circulan en el mundo de los psicólogos, incluso cuando esas historias divergen notablemente de las que a mí me gusta escuchar o contar. Sin embargo, también me siento tremendamente molesto cuando escucho o leo una historia que niega serlo, aquellas historias que se presentan a sí mismas como un simple relato objetivo de la realidad, o, lo que es lo mismo, que pretenden ser la única historia legitimada por la verdad y la razón científica, y que conciben a todos lo demás relatos como simples historias sin alcanzar a verse ellas mismas como tales. Saber que uno se limita a contar historias, y que algunas son simplemente más interesantes, más aceptables, más persuasivas o más dilucidatorias que otras y que uno no hace nada más que eso, es dar un paso decisivo para escapar a la «ideología de la representación» y a los señuelos de la modernidad. Claro que esto nos aleja de la pretensión de poder emitir el discurso de la Verdad. Esto nos vuelve a situar como «simplemente humanos» y puede dañar la autoestima de quienes desean ser tan absolutos como los Dioses. Es sin duda un paso costoso.

En definitiva, es muy fácil y, aparentemente, muy gratificante no ser construccionista hoy en día, pero quienes optan por la facilidad no saben lo que se pierden. Se pierden nada más y nada menos que el ser sencilla, pero, plenamente humanos."

T. Ibáñez (2001). "¿Cómo se puede no ser constructivista hoy en día?". *Muniones para disidentes*, 249-262. Barcelona: Gedisa.

Texto 2

Introducción

Un punto de referencia importante para ayudar a entender cómo se produce la crisis de la Psicología Positivista lo constituye el artículo de Kenneth Gergen, de 1973, "Social History as history", publicado en el *Journal of Personality and Social Psychology*, 26, 1973. Este artículo se refiere sólo al caso de la Psicología Social para explicar las razones por las que esta especialidad debería dejar de lado el método científico de tipo naturalista y, especialmente, el empirismo lógico para explicar los comportamientos y dinámicas sociales. Sin embargo, plantea ya firmemente lo que también se siente y pasará a una gran parte de la Psicología. En este sentido, y antes de introducir unas claves de análisis y comprensión resumidas del texto de K. Gergen que se propone, realizaremos un breve resumen de algunas de las ideas que están concentradas en este primer artículo y que fundamentan una ingente mayoría de cambios para con el socioconstruccionismo desde la Psicología Clínica, Evolutiva, Social y Básica.

Como ejes principales de las argumentaciones presentadas por Gergen, con el fin de mostrar la necesidad de cambiar el modelo de análisis de los seres humanos, a continuación detalla-

mos algunas de las ideas desarrolladas en el módulo para facilitar su lectura:

- No se pueden establecer leyes para el funcionamiento humano, puesto que cualquier teoría, así como cualquier objeto de estudio desde la Psicología es imposible desvincularlo de la historicidad que lo rodea: contexto y tiempo sociohistórico.
- La importancia del lenguaje y el rol que representa en la construcción de la realidad social y de los métodos generados para acceder a su conocimiento, y lo que se elige o marca como objeto de conocimiento.
- El efecto de ilustración: en el sentido de que los conocimientos producidos sobre un determinado objeto social revierten sobre este mismo efecto y pueden producir cambios y transformaciones.
- La idea de un conocimiento para la Psicología que no puede dejar de ser socioconstruido, histórico y reflexivo.
- Descartar o no aceptar la evidencia con que aceptamos las categorías naturales y contextualizarlo en unos marcos de interpretación inseparables de su carácter cultural e histórico.

Guía básica de lectura

1. Tener en cuenta las limitaciones de la orientación conductista y los graves problemas a la hora de afrontar una serie de cuestiones que han ido aplazando o dejando de lado durante su desarrollo disciplinario. Buscar algunas respuestas que salen en el texto de la adaptación del saber de las ciencias naturales en la Psicología: hacia la constitución de la inteligibilidad de la vida mental o de la explicación de la conducta humana.

2. Incluir el contexto de la cultura occidental, la concepción de individuo que predomina en el pensamiento filosófico a lo largo del tiempo y la base a partir de la cual se fundamentan las instituciones sociales, los valores y tradiciones que reproducen y su vínculo con la intención de conocer y explicar estos fenómenos.

3. Repensar todas estas características de las tradiciones occidentales y los cambios tecnológicos y sociales actuales: ¿qué debilitan? ¿Qué refuerzan? ¿Qué dificultan?

4. ¿Cuáles son las relaciones entre el individualismo y la Psicología Científica dominante en el pasado? ¿Por qué y cómo es preciso acercarse a otras maneras de entender el funcionamiento humano?

Elementos concretos para buscar y reflexionar

- Enfoques que potencian la implantación del conductismo: contexto sociohistórico del cientifismo en el conocimiento.
- Elementos de coincidencia y de seguimiento entre teoría conductista, metodología experimental y empirismo lógico.
- Metateoría científica: proceso hipotético-deductivo y relación entre este último y las bases del conductismo.

- Límites más importantes del empirismo.
- Críticas metodológicas respecto de la situación experimental, en sus diferentes vertientes se prolongan y cuestionan el proceso de producción del conocimiento psicológico.
- Convenciones de la comunidad científica.

La Psicología Social como Historia

Kenneth J. Gergen

La psicología se define, típicamente, como la ciencia de la conducta humana, y la psicología social, como la rama de esa ciencia que trata de la interacción humana. El establecimiento de leyes generales a través de la observación sistemática se considera como un propósito fundamental de la ciencia. En el caso del psicólogo social, tales leyes generales se desarrollan para describir y explicar la interacción social.

Esta visión tradicional de la ley científica se repite de una forma o de otra en casi todos los tratados fundamentales de especialidad. En su discusión sobre la explicación en las ciencias de la conducta. Di Renzo (1966) señalaba que una "explicación completa" en las ciencias de la conducta "es aquella que ha asumido el invariable estatus de ley" (p. 11). Krech, Crutchfield y Ballachey (1962) afirmaron que "tanto si estamos interesados en la psicología social como ciencia básica o como ciencia aplicada, es esencial un conjunto de principios científicos" (p. 3). Jones and Gerard (1967) se hicieron eco de esta visión en su afirmación, "la ciencia busca entender los factores que dan cuenta de las relaciones estables entre acontecimientos" (p. 42). Como Mills (1969) señaló, "los psicólogos sociales quieren descubrir relaciones causales de modo que puedan establecer principios básicos explicativos de los fenómenos psicosociales" (p. 412).

Esta visión de la psicología social es, desde luego, descendiente directa del pensamiento del siglo dieciocho. En ese tiempo las ciencias físicas habían producido considerables incrementos en el conocimiento, y se podía contemplar con gran optimismo la posibilidad de aplicar el método científico a la conducta humana (Carr, 1963). Si se consiguieran establecer los principios generales de la conducta humana, sería posible reducir el conflicto social, acabar con los problemas de la enfermedad mental y crear condiciones sociales de máximo beneficio para los miembros de la sociedad. Tal y como otros posteriormente confiaron, incluso sería posible formular dichos principios en términos matemáticos, para desarrollar "una matemática de la conducta humana tan precisa como la matemática de las máquinas" (Russell, 1956, p. 142).

El notable éxito de las ciencias naturales en el establecimiento de principios generales se puede atribuir, en gran medida, a la estabilidad general de los acontecimientos en el mundo de la naturaleza. La velocidad de caída de los cuerpos o la composición de los elementos químicos, por ejemplo, presentan unas características altamente estables a través del tiempo. Son fenómenos que pueden ser recreados en cualquier laboratorio, 50 años atrás, hoy o de aquí a 100 años. Es porque son tan estables por lo que se puede establecer extensas generalizaciones con un alto grado de seguridad, se pueden comprobar empíricamente las explicaciones y se pueden desarrollar fructíferamente formulaciones matemáticas. Si las características fueran inestables, si la velocidad de caída de los cuerpos o la composición de los elementos químicos estuviera en flujo continuo, el desarrollo de las ciencias naturales hubiera sido hartamente difícil. Las leyes genera-

les no conseguirían emerger y el registro de los acontecimientos naturales se prestaría, principalmente, al análisis histórico. Si los acontecimientos naturales fueran caprichosos, la ciencia natural sería en gran parte reemplazada por la historia natural.

Este artículo se propone argumentar que la psicología social es ante todo una indagación histórica. A diferencia de las ciencias naturales, trata con hechos que son en gran medida irrepetibles y que fluctúan ostensiblemente a lo largo del tiempo. Los principios de la interacción humana no pueden generalizarse fácilmente a lo largo del tiempo porque los hechos sobre los cuales se basan generalmente no permanecen estables. El conocimiento no puede acumularse, en el sentido científico usual, porque tal conocimiento normalmente no trasciende sus fronteras históricas. En la discusión siguiente se desarrollarán dos líneas centrales de argumentación en apoyo de esta tesis, la primera está relacionada con el impacto de la ciencia en la conducta social y la segunda concierne al cambio histórico. Después de examinar estos argumentos, podemos centrarnos en las alteraciones que sugiere este análisis en cuanto al alcance y los propósitos de nuestra especialidad.

El impacto de la ciencia en la interacción social

Tal y como Back (1961) ha mostrado, la ciencia social puede ser contemplada fructíferamente como un extenso sistema de comunicaciones. En la ejecución de la investigación, el científico recibe mensajes transmitidos por el sujeto. En su forma bruta, tales mensajes sólo generan “ruido” para el científico. Las teorías científicas sirven de dispositivos decodificadores que convierten el ruido en información utilizable. A pesar de que Back ha usado este modelo de varias formas provocativas, su análisis se termina con la cuestión de la decodificación. Este modelo debe extenderse más allá del proceso de recoger y decodificar mensajes. Comunicar es, también, tarea del científico. Si sus teorías demuestran tener credibilidad en tanto que dispositivos decodificadores, son comunicadas a la población para que así pueda también beneficiarse de su utilidad. La ciencia y la sociedad constituyen un bucle que se retroalimenta.

Este tipo de retroalimentación del científico a la sociedad se ha vuelto más y más generalizado durante la década pasada. Los canales de comunicación se han desarrollado a un ritmo rápido. En el nivel de educación superior, más de ocho millones de estudiantes anualmente tienen a su disposición ofertas de cursos en el campo de la psicología y, en estos últimos años, tales ofertas han tenido un éxito insuperable. La educación superior implica, hoy en día, una familiaridad con ideas básicas provenientes de la psicología. Los medios de comunicación de masas se han dado cuenta también del vasto interés público por la psicología. Los periódicos llevan a cabo un cuidadoso seguimiento de congresos y revistas de la profesión. Los editores de revistas han encontrado provechoso presentar los puntos de vista de los psicólogos acerca de los patrones de conducta contemporáneos y las revistas especializadas dedicadas casi exclusivamente a la psicología totalizan más de 600.000 lectores. Cuando añadimos a estas tendencias la amplia expansión del mercado del libro de edición rústica, la creciente demanda gubernamental de conocimientos que justifiquen el respaldo público prestado a la investigación psicológica, la proliferación de técnicas relacionales, el establecimiento de empresas de negocios que mercadean con la psicología a través de juegos y carteles, y la creciente confianza puesta en las grandes instituciones (incluidas las de negocios, gobierno, militares y sociales) en el conocimiento desarrollado por los científicos de la conducta, uno empieza a sentir la intensidad con la que el psicólogo se encuentra ligado a desarrollar una comunicación fluida con la cultura que le envuelve.

La mayoría de psicólogos abrigan la esperanza de que el conocimiento científico tendrá un impacto en la sociedad. La mayoría

de nosotros nos sentimos gratificados cuando ese conocimiento científico puede ser utilizado de manera beneficiosa. De hecho, para muchos psicólogos, su compromiso con la disciplina depende en gran medida de la creencia en la utilidad social del conocimiento psicológico. Sin embargo, generalmente no se asume que tal utilización alterará el carácter de las relaciones causales en la interacción social. Sí que se espera que el conocimiento de los estilos funcionales se utilice para alterar la conducta, pero no que esa utilización afecte, posteriormente, al carácter mismo de esos estilos funcionales. Nuestras expectativas pueden que sean, en este caso, totalmente infundadas.

La aplicación de nuestros principios no sólo puede alterar los datos en los que se basan, sino que su desarrollo mismo puede llegar a invalidarlos. Tres líneas argumentales son aquí pertinentes, la primera hace referencia al sesgo evaluativo de la investigación psicológica, la segunda a los efectos liberadores del conocimiento y la tercera a los valores culturales preponderantes.

Sesgos prescriptivos de la teoría psicológica

Como científicos de la interacción humana estamos implicados en una peculiar dualidad. Por un lado, valoramos el comportamiento desapasionado en cuestiones científicas. Todos somos conscientes de los efectos distorsionantes que producen los intensos compromisos normativos. Por otro lado, como seres humanos socializados, abrigamos numerosos principios acerca de la naturaleza de las relaciones sociales. Raro es el psicólogo social cuyos principios no influyan en la elección de su tema de investigación, sus métodos de observación, o los términos en que elabora una descripción. Al generar conocimiento acerca de la interacción social, comunicamos también nuestros principios personales. El destinatario del conocimiento recibe, así, un doble mensaje: por un lado, se le *describe* desapasionadamente lo que aparentemente son las cosas y, por otro, sutilmente se le *prescribe* lo que es deseable.

Este argumento cobra mayor relevancia en la investigación sobre disposiciones personales. La mayoría de nosotros nos sentiríamos insultados si fuéramos caracterizados como pobres en autoestima, colmados de búsqueda de aprobación, cognitivamente indiferenciados, autoritarios, anal compulsivos, campodependientes o de mentalidad cerrada. En parte, nuestras reacciones reflejan nuestra aculturación; no se necesita ser un psicólogo para tomarse a mal tales etiquetas. Pero, en parte, tales reacciones son creadas por los conceptos utilizados al describir y explicar los fenómenos. Por ejemplo, en el prefacio de *La Personalidad Autoritaria* (Adorno, Frenkel-Brunswick, Levinson & Stanford, 1954), se informa al lector de que “en contraste con el intolerante a la vieja usanza, (el autoritario) parece combinar las ideas y habilidades de una sociedad altamente industrializada con creencias irracionales o antirracionales” (p. 3). Al tratar de la maquiavélica, Chistie y Geis (1970) apuntaban:

“Inicialmente, nuestra imagen de los que puntuaban alto en Maquiavelismo era negativa, asociada a oscuras y desagradables manipulaciones. Sin embargo [...] nos sorprendimos a nosotros mismos al comprobar que teníamos una perversa admiración por la habilidad de aquéllos para descollar sobre el resto en las situaciones experimentales” (p. 339).

Debido a su capacidad prescriptiva, tales formulaciones se convierten en agentes de cambio social. A un nivel elemental, el estudiante de psicología bien podría desear disimular a la observación pública conductas suyas que podrían ser etiquetadas por los respetados eruditos como autoritarias, maquiavélicas, etcétera. La comunicación de conocimientos puede, así, crear homogeneidad con respecto a indicadores conductuales de disposiciones subyacentes. A un nivel más complejo, el conocimiento de correlatos de personalidad puede inducir conductas que debiliten tales correlatos. No tan extrañamente, mucha de

la investigación sobre diferencias individuales coloca al psicólogo profesional bajo una luz altamente positiva. Así, cuanto más similar es el sujeto al profesional, en términos de educación, antecedentes socioeconómicos, religión, raza, sexo y valores personales, más ventajosa es su posición en los tests psicológicos. Por ejemplo, una educación de alto nivel favorece la diferenciación cognitiva (Witkin, Dyk, Faterson, Goodenough & Karp, 1962), así como una baja puntuación en autoritarismo (Christie & Jaboda, 1954) y una mentalidad abierta (Rokeach, 1960), etc. Provistas de esta información, aquellas personas susceptibles de quedar mal paradas en la investigación, podrían sobrecompensar para disipar el estereotipo injurioso. Por ejemplo, las mujeres que aprenden que son más persuasibles que los hombres (cfr. Janis & Field, 1959) pueden desquitarse y, con el tiempo, invalidar o invertir la correlación.

Aunque los sesgos evaluativos son fácilmente identificables en la investigación sobre personalidad, de ningún modo están limitados a esta área. La mayoría de los modelos generales de interacción social también contienen juicios de valor implícitos. Por ejemplo, los tratados sobre conformidad a menudo tratan al conformista como a un ciudadano de segunda clase, una oveja social que renuncia a la convicción personal para estar de acuerdo con las opiniones erróneas de los otros. Así, los modelos sobre conformidad social nos sensibilizan respecto de los factores que podrían llevarnos a acciones socialmente deplorables. En realidad, el conocimiento previene la futura eficacia de esos mismos factores. La investigación sobre el cambio de actitud a menudo lleva consigo efectos parecidos. Saber acerca del cambio de actitud favorece en uno la creencia de que tiene el poder de cambiar a los demás; de ahí se deduce que los otros quedan relegados al estatus de manipulables. Así, las teorías sobre el cambio de actitud pueden llevarnos a resistir a los factores que podrían, potencialmente, influenciarnos. Del mismo modo, las teorías de la agresión condenan, de manera típica, al agresor, los modelos de negociación interpersonal denigran la explotación, y los modelos del desarrollo moral degradan a aquellos que están por debajo del estadio óptimo (Kohlberg, 1970). La teoría de la disonancia cognitiva (Brehm & Cohen, 1966; Festinger, 1957) podrían aparecer como libre de valores, pero la mayoría de los estudios en esta área han dibujado a las personas que son dadas a reducir su disonancia en términos nada favorables. “Que estúpido”, decimos, “que la gente tenga que hacer trampas, sacar puntuaciones más bajas en los tests, cambiar sus opiniones sobre otros o comer alimentos indeseables sólo para mantener la consistencia”.

El tono crítico subyacente a estas observaciones no es accidental. Realmente parece lamentable que una profesión dedicada al desarrollo objetivo e imparcial del conocimiento deba usar esta posición para hacer propaganda a los destinatarios inconscientes de este conocimiento. Los conceptos que manejamos en nuestra disciplina raramente están libres de valores y la mayoría podrían ser reemplazados por otros que llevaran un bagaje valorativo bien diferente. Brown (1965) advierte del hecho que la personalidad autoritaria clásica, tan rotundamente hostigada en nuestra propia literatura, es bastante similar a la “personalidad tipo-J” (Jaensch, 1938), vista por los alemanes desde una luz altamente positiva. Aquello que nuestra literatura denominaba rigidez en visto como estabilidad en la de ellos; igualmente, lo que en nuestra literatura se percibía como flexibilidad e individualismo eran interpretados como flacidez y excentricidad en la suya. Tales sesgos en el etiquetado impregnan nuestra literatura. Por ejemplo, la alta auto-estima podría denominarse egotismo; la necesidad de aprobación social podría traducirse como necesidad de integración social; la diferenciación cognitiva como sutileza; la creatividad como desviación y el control interno como egocentricidad. De igual modo, si nuestros valores fueran de otra manera, la conformidad social podría ser contemplada como conducta prosocial; el cambio de actitud como

adaptación cognitiva y la desviación hacia el riesgo como conversión valerosa.

Con todo, aunque hay que lamentar los efectos propagandísticos de la terminología psicológica, es importante también encontrar sus orígenes. En parte, la carga evaluativa de términos teóricos parece bastante intencional. El acto de publicar implica el deseo de ser oído. Sin embargo, los términos libres de valor tienen poco interés para el lector potencial, y la investigación libre de valor rápidamente deviene oscura. Si la obediencia fuera reetiquetada como conducta alfa y dejara de ser presentada como deplorable a través de asociaciones con Adolph Eichman, el interés público sería indudablemente escaso. Además de captar el interés público y de la profesión, los conceptos cargados de valor constituyen para el psicólogo un medio de expresión. He hablado con un sinfín de estudiantes de psicología cuya atracción por la disciplina proviene de una profunda inquietud humanística. En el interior de muchos de ellos se halla un poeta frustrado, un filósofo o un altruista que encuentra, en el método científico, a la vez un medio para conseguir expresarse que un estorbo para la libre expresión. Muchos quisieran compartir sus valores directamente, sin las trabas que supone la constante demanda de pruebas metódicas. Para ellos, los conceptos cargados de valor compensan del conservadurismo que normalmente comporta esa demanda. Los psicólogos reputados se pueden permitir ese lujo más fácilmente. No obstante, normalmente no tendemos a contemplar nuestros propios sesgos como mera propaganda sino más bien como reflejo de “verdades básicas”.

Aunque la comunicación de valores a través del conocimiento es hasta cierto punto intencional, tampoco puede decirse que esto sea enteramente así. Los juicios de valor son subproductos casi inevitables de la existencia social, y como participantes en la sociedad difícilmente podemos disociarnos de nuestros valores en la prosecución de nuestros fines profesionales. Además, basándonos en el lenguaje propio de nuestra cultura para la comunicación científica, raramente encontraremos términos que se refieran a la interacción social y que estén libres de valores prescriptivos. Podríamos reducir las prescripciones implícitas injertas en nuestras comunicaciones si adoptáramos un lenguaje: totalmente técnico. Sin embargo, incluso el lenguaje técnico se convierte en evaluativo siempre que se usa la ciencia como palanca para el cambio social. Quizás nuestra mejor opción sea mantener hacia nuestros sesgos toda la atención de la que seamos capaces así como comunicarlos tan abiertamente como podamos. Puede que los compromisos de valor sean inevitables, pero podemos evitar disfrazarlos como reflejos objetivos de la verdad.

Conocimiento y liberación conductual

Es una práctica común de la investigación psicológica evitar comunicar las propias premisas teóricas al sujeto, tanto antes como durante la investigación. El trabajo de Rosenthal (1966) indica que incluso las pistas más sutiles acerca de las expectativas del experimentador pueden alterar la conducta del sujeto. Es por ello que se requiere de sujetos ingenuos para los estándares comunes de rigor. Las implicaciones de esta simple garantía metodológica son de considerable trascendencia. No podemos comprobar adecuadamente nuestras hipótesis si los sujetos poseen un conocimiento preliminar acerca de las premisas teóricas. Del mismo modo, si los miembros de la sociedad tienen una instrucción psicológica acerca de alguna cuestión, las teorías acerca de ello difícilmente pueden ser comprobadas de forma no contaminada. Aquí yace una diferencia fundamental entre las ciencias naturales y las sociales. En las primeras, normalmente, el científico no puede modificar las disposiciones conductuales de sus sujetos de estudio como consecuencia de haberles comunicado sus conocimientos. En las ciencias so-

ciales, puede producirse un impacto vital en su conducta debido a una comunicación de este tipo.

Un solo ejemplo puede ser suficiente aquí. Parece que, a través de una amplia variedad de condiciones, los grupos de toma de decisiones llegan a tomar decisiones más arriesgadas a partir de la discusión grupal (cfr. Dion, Baron & Miller, 1970; Wallack, Kogan & Bern, 1964). Los investigadores en esta área ponen mucho cuidado en que los sujetos experimentales no se enteren de lo que ellos piensan sobre esta materia. Si se tratara de entendidos, los sujetos podrían inmunizarse de los efectos del grupo de discusión o responder de forma apropiada para ganarse el favor del experimentador. Sin embargo, si el fenómeno de la desviación hacia el riesgo se convirtiera en un conocimiento común, los sujetos ingenuos pasarían a ser inasequibles. Los miembros de una cultura podrían, consecuentemente, compensar las tendencias hacia el riesgo producidas por la discusión grupal hasta que tal conducta se convirtiera en normativa.

Como supuesto general, un conocimiento profundo de los fundamentos psicológicos nos libera de sus implicaciones conductuales. Los principios sobre la conducta establecidos se convierten en *inputs* en la toma de decisión propia. Como Winch (1958) ha señalado, "dado que entender algo implica entender su contradicción, alguien que, con entendimiento, realiza X debe ser capaz de prever la posibilidad de realizar no X" (p. 89). Los principios psicológicos también nos sensibilizan a propósito de las influencias que actúan sobre nosotros mismos. Como consecuencia, nuestros patrones de conducta pueden estar fuertemente influenciados. Tal y como May (1971) ha manifestado más apasionadamente, "cada uno de nosotros hereda de la sociedad una carga de propensiones que nos conforma quiérase o no; pero nuestra capacidad de ser conscientes de este hecho nos salva de estar estrictamente determinados" (p. 100). De este modo, conocer cuáles son las señales no verbales de la tensión o el alivio (Eckman, 1965) nos capacita para evitar emitir esas señales siempre que ello sea útil: saber que es menos probable que las personas en apuros reciben ayuda cuando hay gran cantidad de espectadores (Latané & Darley, 1970) puede incrementar el deseo de ofrecer nuestros servicios bajo tales circunstancias; saber que la activación (*arousal*) motivacional puede influenciar la propia interpretación de los acontecimientos (cfr. Jones & Gerard, 1967) puede suscitar precaución cuando la activación (*arousal*) es alta: En cada ejemplo, el conocimiento aumenta las alternativas para la acción y se modifica o disuelven modelos de conducta previos.

Huída hacia la libertad

La invalidación histórica de la teoría psicológica se puede extrapolar a los sentimientos comúnmente, observados en la cultura occidental. La angustia que por lo general parece sentir la gente cuando disminuyen sus alternativas de respuesta es de la mayor importancia. Tal y como Fromm (1941) lo planteó, el desarrollo normal incluye la adquisición de un poderoso afán por la autonomía, Weinstein y Platt (1969) trataron del mismo sentimiento en términos de "el deseo del hombre de ser libre", y conectaron esta disposición con el desarrollo de la estructura social. Brehm (1966) utilizó esta misma disposición como la piedra angular de su teoría sobre la reactancia psicológica. El predominio de este valor aprendido tiene importantes implicaciones para la validez a largo plazo de la teoría psicológica.

Las teorías válidas acerca de la conducta social constituyen significativos instrumentos de control social. En la medida en que la conducta de un individuo es predecible, su posición se vuelve vulnerable. Los demás pueden alterar las condiciones ambientales o su conducta hacia él para obtener las máximas recompensas con los mínimos costes. Del mismo modo que un estrategia militar se expone a ser derrotado si sus acciones se vuelven predecibles,

los empleados podrían aprovecharse de su jefe en el trabajo y los maridos parranderos manipular a sus esposas si éstas mostrasen patrones de conducta estables. Es así como el conocimiento se convierte en poder en las manos de otros. De lo que sigue que los fundamentos psicológicos suponen una amenaza potencial para todos aquellos con los que están relacionados. El deseo de libertad puede, así, potenciar una conducta ideada para invalidar la teoría. Los fundamentos acerca del cambio de actitud nos parecen satisfactorios hasta que vemos cómo se usan en campañas de información orientadas a cambiar resentimiento y reaccionar de manera refractaria. Cuanto más potente es la teoría para predecir la conducta, más amplia es su diseminación pública y más extendida y sonora la reacción. Por ello, puede que las teorías potentes sean más susceptibles que las débiles de una rápida invalidación.

La tan común estimación por la libertad personal no es el único sentimiento profundo que incide en la mortalidad de una teoría psicológica. La singularidad o la individualidad gozan de gran apego en la cultura occidental. La extensa popularidad tanto de Erikson (1969) como de Allport (1965) se debe, en parte, al fuerte apoyo que manifiestan hacia ese valor, y reciente investigación de laboratorio (Fromkin, 1970, 1972) demuestra la fuerza de este sentimiento en la alteración de la conducta social. La teoría psicológica, en su estructura nomotética, es insensible a los acontecimientos únicos. Los individuos son tratados como ejemplares de clases grandes. Un efecto común es que la teoría psicológica es deshumanizadora y, como Maslow (1968) ha señalado, los pacientes abrigan un fuerte resentimiento cuando son diagnosticados o etiquetados con términos clínicos convencionales. De igual manera, negros, mujeres, activistas, habitantes del extrarradio, educadores y gente mayor han reaccionado amargamente ante las explicaciones de su conducta. De este modo, se puede luchar por invalidar aquellas teorías que nos atrapan en un estilo impersonal.

La psicología de los efectos ilustrativos

Hasta ahora hemos abordado las tres formas que tiene la psicología social de alterar aquella conducta que intenta estudiar. Antes de pasar a un segundo conjunto de argumentos en favor de la dependencia histórica de la teoría psicológica, debemos tratar acerca de un medio importante de combatir los efectos que hemos descrito hasta el momento. Para preservar la validez transhistórica de los principios psicológicos, se podría substraer la ciencia del dominio público y reservar el entendimiento científico para una elite selecta. Esta elite sería, desde luego, designada por el estado, puesto que ningún gobierno se arriesgaría a que existiera un establecimiento privado que desarrollara instrumentos de control público. Para la mayoría de nosotros, un panorama tal sería repugnante, y nos inclinaríamos, más bien, a buscar una solución científica al problema de la dependencia histórica. Mucho de lo que se ha dicho aquí sugiere una respuesta de este tipo. Si la gente que tiene conocimiento de psicología reacciona a los principios generales contradiciéndolos, conformándose, ignorándolos, etc., entonces debería ser posible establecer las condiciones bajo las cuales ocurrirán esas diferentes reacciones. Basándonos en las nociones de reactancia psicológica (Brehm, 1966), profecías que se autocumplen (*self-fulfilling prophecies*) (Merton, 1948) y efectos de las expectativas (Gergen & Taylor, 1969), podríamos construir una teoría general sobre las reacciones a la teoría. Una psicología de los efectos ilustrativos debería capacitarnos para predecir y controlar los efectos del conocimiento.

Aunque una psicología tal parece un prometedor auxiliar para teorías generales, su utilidad está seriamente limitada. Ella misma puede estar cargada de valor o incrementar nuestras alternativas conductuales y puede, asimismo, causar resentimiento debido a la amenaza que supone para los sentimientos

de autonomía. Por ello, una teoría que predice las reacciones a la teoría es también susceptible de violación o de vindicación. Un caso frecuente es las relaciones padres-hijos ilustra esta cuestión. Los padres están acostumbrados a usar recompensas directas o para influir en la conducta de sus hijos. Con el tiempo, los hijos llegan a darse cuenta de la premisa de los adultos de que la conseguirá los resultados deseados y se vuelven obstinados. Los adultos pueden entonces reaccionar con una psicología ingenua de los efectos ilustrativos y expresar desinterés en que el hijo lleve a cabo la actividad, una vez más con el ánimo de alcanzar los fines deseados. El hijo puede responder apropiadamente pero bastante a menudo se descolgará con alguna variante de, "dices que no te importa sólo porque en realidad quieres que lo haga". En términos de Lovinger (1959) "un cambio en la forma de hacer de los padres es contrarrestado por un cambio en la forma de hacer de los hijos" (p. 149). En el idioma popular, a esto se le denomina psicología inversa o es a menudo objeto de resentimiento. Desde luego, se podría contrarrestar con una investigación acerca de las reacciones a la psicología de los efectos ilustrativos, pero enseguida se ve que este intercambio de acciones y reacciones podría extenderse indefinidamente. Una psicología de los efectos ilustrativos está sujeta a las mismas limitaciones históricas que las otras teorías de la psicología social.

Teoría psicológica y cambio cultural

El argumento en contra de las leyes transhistóricas en la psicología social no sólo descansa en una consideración del impacto de la ciencia en la sociedad. Merece también consideración una segunda línea de pensamiento. Si examinamos las líneas de investigación más destacadas durante la última década, pronto nos damos cuenta de que las regularidades observadas, así como los principios teóricos fundamentales, están firmemente relacionados con circunstancias históricas. La dependencia histórica de los fundamentos psicológicos es más notable en áreas de interés central para el público. Los psicólogos sociales, por ejemplo, han estado muy interesados, durante la última década, en detectar predictores del activismo político (cfr. Mankoff & Flacks, 1971; Soloman & Fishman, 1964). Sin embargo, a medida que uno examina esta literatura a lo largo del tiempo, se encuentran numerosas inconsistencias. Variables que predecían con éxito el activismo político durante los primeros estadios de la guerra del Vietnam son diferentes de aquellas que lo hacían en períodos posteriores. Parece clara la conclusión de que los factores motivadores del activismo cambiaron a lo largo del tiempo. De este modo, cualquier teoría sobre el activismo político elaborada a partir de descubrimientos tempranos será invalidada por los descubrimientos posteriores. La investigación futura sobre el activismo político indudablemente encontrará aún otros predictores más útiles.

Tales alteraciones en la relación funcional no están limitadas, en principio, a las áreas de interés público inmediato. Por ejemplo, la teoría de Festinger (1957) de la comparación social y la extensa línea de investigación deductiva (cfr. Latané, 1966) están basadas en la doble asunción de que (a) la gente desea evaluarse a sí misma acertadamente, y (b) para hacerlo así, se compara con otra gente. Hay escasas razones para sospechar que tales disposiciones están determinadas genéticamente, y podemos fácilmente imaginarnos personas y, por supuesto, sociedades para las cuales no sirven tales asunciones. Muchos de los que se dedican a la crítica social censuran esa tendencia tan común de descubrir las opiniones de los otros para definirse a uno mismo y, al exponer sus críticas, están tratando de cambiar la sociedad. En efecto, la línea entera de investigación parece depender de un conjunto de propensiones aprendidas, propensiones que podrían alterarse con el tiempo y según circunstancias.

Del mismo modo, la teoría de la disonancia cognitiva se basa en el hecho de asumir que la gente ni puede tolerar cogniciones contradictorias. La base de tal intolerancia no parece genéticamente dada. Ciertamente, hay individuos que opinan de manera completamente distinta acerca de tales contradicciones. Los escritores existencialistas de la primera época, por ejemplo, celebraban el acto inconsistente. Una vez más, hay que concluir que la teoría es predictiva a causa del estado de las disposiciones aprendidas existentes a la sazón. Igualmente, el trabajo de Schachter (1959) sobre la afiliación obedece a los argumentos elaborados para la teoría de la comparación social. El fenómeno de la obediencia de Milgram (1965) depende, ciertamente, de las actitudes contemporáneas hacia la autoridad. En la investigación sobre el cambio de actitud, la credibilidad del comunicador es un potente factor porque, en nuestra cultura, hemos aprendido a confiar en las autoridades y, con el tiempo, el mensaje comunicado pasa a disociarse de su fuente (Kelman & Hovland, 1953) porque, *actualmente*, no demuestra ser útil para nosotros retener la asociación. En la investigación sobre conformidad, la gente se conforma más a los amigos que a los extraños (Back, 1951) en parte porque han aprendido que, en la sociedad contemporánea, los amigos castigan la desviación. La investigación sobre atribución causal (cfr. Jones, Davis & Gergen, 1961, Kelley, 1971) depende de la tendencia, culturalmente dependiente, a percibir al hombre como el origen de sus acciones. Esta tendencia puede modificarse (Hallowell, 1958) y algunos (Skinner, 1971), de hecho, han argumentado que así debe ser.

Quizás la principal garantía de que la psicología social nunca desaparecerá vía reducción a la fisiología es que la fisiología no puede dar cuenta de las variaciones en la conducta humana a lo largo del tiempo. La gente puede preferir tonalidades claras para vestir hoy y tonalidades oscuras mañana, puede valorar la autonomía durante esta era y la dependencia durante la siguiente. Efectivamente, las diversas respuestas al entorno se basan en variaciones en la función fisiológica. Sin embargo, la fisiología nunca podrá especificar la naturaleza de los estímulos de entrada o el contexto de respuesta al que está expuesto el individuo. Nunca podrá explicar los modelos continuamente cambiantes de lo que se considera bueno o deseable en una sociedad, y, por ello, tampoco la gama de importantes fuentes motivacionales para el individuo. Sin embargo, mientras que la psicología social está, así, inmunizada del reduccionismo fisiológico, sus teorías no lo están del cambio histórico.

Es posible inferir de este último conjunto de argumentos un compromiso con al menos una teoría de validez transhistórica. La estabilidad de las pautas de interacción sobre la que descansan la mayoría de nuestras teorías se ha dicho que depende de disposiciones aprendidas de limitada duración. Esto hace pensar, implícitamente, en la posibilidad de una teoría del aprendizaje social que trascienda a las circunstancias históricas. Sin embargo, tal conclusión está injustificada. Considérese, por ejemplo, una teoría elemental del refuerzo. Pocos dudarían de que la mayoría de la gente responde a las contingencias del refuerzo y el castigo en su entorno, y es difícil de imaginar un tiempo en el que esto deje de ser cierto. Tales premisas parecen, pues, transhistóricamente válidas, y una importante tarea del psicólogo podría consistir en establecer la manera precisa en que la conducta se relaciona con pautas de recompensa y castigo.

Esta conclusión da pie a dos importantes consideraciones. Muchos de los que han criticado a la teoría del refuerzo le han imputado que la definición de refuerzo (y de castigo) es circular. La recompensa se define normalmente como aquello que incrementa la frecuencia de respuesta; el incremento de respuesta se define como aquello que sigue a la recompensa. Por ello, la teoría parece limitada a la interpretación *post hoc*. Solo se puede especificar el refuerzo cuando ha ocurrido un cambio en la conducta. La réplica más significativa a esta crítica se

basa en el hecho de que una vez que las recompensas y castigos han sido establecidos inductivamente ganan valor predictivo. Así, la determinación de la aprobación social como refuerzo positivo para la conducta humana dependía, inicialmente, de la observación *post hoc*. Sin embargo, una vez establecida como refuerzo, la aprobación social resultó ser un medio eficaz para modificar la conducta desde una base predictiva (cfr. Barron, Heckenmueller & Schultz, 1971; Gewirtz & Baer, 1958).

Sin embargo, es también evidente que los refuerzos no permanecen estables a lo largo del tiempo. Por ejemplo, Reisman (1952) ha argumentado convincentemente que la aprobación social tiene bastante más valor como recompensa en nuestra sociedad contemporánea que el que tenía un siglo atrás. Y si el orgullo nacional podía haber sido un potente refuerzo de la conducta adolescente tardía en los años cuarenta, para la juventud contemporánea una atracción tal resultaría probablemente aversiva. En efecto, la circularidad esencial en la teoría del refuerzo puede reinstigarse en cualquier momento. Así como cambia el valor del refuerzo, igualmente lo hace la validez predictiva de la asunción básica.

La teoría del refuerzo se enfrenta a limitaciones históricas adicionales cuando consideramos su especificación más precisa. Al igual que la mayoría de las otras teorías de la interacción social, la teoría está sujeta a un uso ideológico. La idea de que la conducta está totalmente gobernada por contingencias externas es vista por muchos como groseramente degradante. El conocimiento de la teoría también nos capacita para evitar caer atrapados en sus predicciones. La gente que está enterada de las premisas teóricas de los terapeutas de la conducta puede, como éstos muy bien saben, subvertir con facilidad los efectos deseados. Finalmente, como la teoría ha resultado tan efectiva en la alteración de la conducta de los organismos inferiores, se vuelve particularmente amenazante para los deseos de autonomía. De hecho, la mayoría de nosotros nos ofenderíamos ante un intento de cualquier otro de modelar nuestra conducta a través de las técnicas de refuerzo y nos empeñaríamos en desbaratar las expectativas del ofensor. En suma, la elaboración de la teoría del refuerzo no es menos vulnerable a los efectos ilustrativos que otras teorías de la interacción humana.

Implicaciones para una ciencia histórica de la conducta social

A la luz de los presentes argumentos, el intento continuado de elaborar leyes generales de la conducta social parece descarriado y, su creencia asociada de que el conocimiento de la interacción social puede acumularse de una manera similar al de las ciencias naturales, parece injustificada. En esencia, el estudio de la psicología social es principalmente una empresa histórica. Estamos ocupados, esencialmente, en una explicación sistemática de asuntos actuales. Utilizamos la metodología científica, pero los resultados no son principios científicos en el sentido tradicional. En el futuro, los historiadores podrán volverse hacia tales explicaciones para alcanzar una mejor comprensión de la vida en la era presente. Sin embargo, los psicólogos del futuro es probable que encuentren poco valioso nuestro conocimiento contemporáneo. Estos argumentos no son puramente académicos y no se limitan a una simple redefinición de la ciencia. Están implicadas aquí alteraciones significativas en la actividad de la especialidad. Merecen nuestra atención cinco de tales alteraciones.

Hacia una integración de lo puro y lo aplicado

Existe un fuerte prejuicio contra la investigación aplicada entre los psicólogos académicos; un prejuicio que se hace evidente en la polarización de las revistas prestigiosas hacia la investigación básica y en cómo depende la promoción y la carrera de los investigadores de sus contribuciones a la investiga-

ción básica como opuesta a la aplicada. En parte, este prejuicio está basado en la asunción de que la investigación aplicada es de un valor pasajero. Aun limitándose a resolver problemas inmediatos, la contribución de la investigación básica al conocimiento fundamental y perdurable no se discute. Desde el punto de vista actual, no hay motivos para tal perjuicio. El conocimiento que la investigación básica se esfuerza en establecer es también pasajero; normalmente, las generalizaciones no perduran en esa área de investigación básica que tienen mayor validez transhistórica puede que estén reflejando procesos de importancia o interés periférico para el funcionamiento de la sociedad.

Los psicólogos sociales están formados en el uso de herramientas de análisis conceptual y de la metodología científica para explicar la interacción humana. Sin embargo, dada la esterilidad de tratar de perfeccionar los principios generales a lo largo del tiempo, estas herramientas parece que podrían usarse de forma más productiva en la solución de los problemas de importancia inmediata para la sociedad. Esto no quiere decir que tal investigación deba ser restringida en su alcance. Un defecto fundamental de mucha de la investigación aplicada es que los términos usados para la descripción y la explicación son, a menudo, relativamente concretos y específicos al caso en cuestión. Aunque los actos conductuales concretos estudiados por psicólogos académicos son a menudo más triviales, el lenguaje explicativo es sumamente general y por ello más claramente heurístico. Por ello, la presente argumentación apunta hacia una focalización intensiva en los temas sociales contemporáneos basada en la aplicación de los métodos científicos y de las herramientas conceptuales más generales.

De la predicción a la sensibilización

El propósito central de la psicología es visto, tradicionalmente, como la predicción y el control de la conducta. Desde el punto de vista que aquí se expone, este propósito es engañoso y proporciona poca justificación para la investigación. Los principios de la conducta humana pueden ser de limitado valor predictivo con el paso del tiempo y su mismo reconocimiento puede incapacitarlos como herramientas de control social. Sin embargo, no es preciso que la predicción y el control sean las piedras angulares de la especialidad. La teoría psicológica puede jugar un papel extremadamente importante como aparato sensibilizador. Puede ilustrarnos respecto de la gama de factores que potencialmente influyen en la conducta bajo diversas condiciones. La investigación puede también proporcionar cierta estimación de la importancia de esos factores en un momento dado. Ya sea en el dominio de la política pública o en el de las relaciones personales, la psicología social puede aguzar nuestra sensibilidad respecto de influencias sutiles y concretar las asunciones acerca de la conducta que han demostrado no ser útiles en el pasado.

Cuando se solicita el consejo del psicólogo social en lo relativo a la conducta probable en cualquier situación concreta, la típica reacción consiste en excusarse. Se dice que la especialidad no está suficientemente bien desarrollada en este momento como para poder hacer predicciones fidedignas. Desde nuestro punto de vista, tales excusas son inapropiadas. La especialidad rara vez puede producir principios a partir de los cuales puedan hacerse predicciones fidedignas. Las pautas de conducta están bajo constante modificación. Sin embargo, lo que nuestra especialidad puede y debería proporcionar es una investigación que dote al investigador de un buen número de posibles acontecimientos, aumentando así su sensibilidad y preparándolo para una acomodación más rápida al cambio ambiental. Puede proporcionar herramientas conceptuales y metodológicas con las cuales se puedan hacer juicios más perspicaces.

Desarrollo de indicadores de disposiciones psicosociales

Los psicólogos sociales evidencian un interés que viene de lejos por los procesos psicológicos básicos, esto es, procesos que afectan a una amplia y variada gama de conductas sociales. Tomando como modelo el interés del psicólogo experimental por los procesos básicos de la visión del color, la adquisición del lenguaje, la memoria, y similares, los psicólogos sociales se han centrado en procesos tales como la disonancia cognitiva, el nivel de aspiración y la atribución causal. Sin embargo, existe una profunda diferencia entre los procesos normalmente estudiados en el campo general de lo experimental, por un lado, y en el campo de lo social, por otro. En el primer caso, los procesos están a menudo, biológicamente encerrados en el organismo; no están sujetos a los efectos ilustrativos y no dependen de circunstancias culturales. Por el contrario, la mayoría de los procesos que caen dentro del campo de lo social dependen de disposiciones adquiridas sujetas a enormes modificaciones a lo largo del tiempo.

A la luz de lo dicho, es un error considerar los procesos en la psicología social como básicos en el sentido de la ciencia natural. Antes bien, pueden considerarse, en su mayor parte, el equivalente psicológico de las normas culturales. Del mismo modo que un sociólogo se interesa por medir las preferencias por los partidos o las pautas de movilidad a lo largo del tiempo, el psicólogo social podría ocuparse de la variabilidad de las pautas en las disposiciones psicológicas y su relación con la conducta social. Si la reducción de la disonancia es un proceso importante, entonces deberíamos estar en posición de medir la frecuencia y la intensidad de tal disposición dentro de la sociedad a lo largo del tiempo, así como las formas preferidas de reducir la disonancia que existe en cualquier momento dado. Si el aumento de estima parece influenciar la interacción social, entonces, estudios profundos sobre la cultura debieran revelar el alcance de tal disposición, su intensidad en diversas subculturas y las formas de conducta social con las que es más probable que esté asociada en cualquier momento dado. Si bien los experimentos de laboratorio son aptos para el aislamiento de disposiciones particulares, se trata de pobres indicadores para la gama y trascendencia de los procesos de la vida social contemporánea. Son muy necesarias metodologías que pulsen la frecuencia, fortaleza y forma de las disposiciones psicosociales a lo largo del tiempo. En efecto, es preciso una tecnología de indicadores sociales que sean sensibles a lo psicológico (Bauer, 1969).

Investigación, acerca de la estabilidad conductual

Los fenómenos sociales pueden variar considerablemente acerca del alcance en que están sujetos al cambio histórico. Ciertos fenómenos pueden estar ligados a bases fisiológicas. La investigación de Schachter (1970) acerca de los estados emocionales parece tener una fuerte base fisiológica, como la tiene el trabajo de Hess (1965) acerca del afecto y la constricción pupilar. Si bien disposiciones aprendidas pueden vencer la resistencia de algunas tendencias fisiológicas, tales tendencias deberían tender a reafirmarse a los largo del tiempo. Con todo, otras propensiones fisiológicas pueden ser irreversibles. Puede haber también disposiciones adquiridas que sean suficientemente profundas como para que ni la instrucción ni el cambio histórico sea probable que tengan un impacto importante. La gente normalmente evitará los estímulos dolorosos, al margen de su sofisticación o de las normas vigentes. Tenemos que pensar, pues, en términos de un *continuum de durabilidad histórica*, con fenómenos altamente susceptibles a la influencia histórica en un extremo y los procesos estables en el otro.

Desde esta perspectiva, son muy necesarios aquellos métodos de investigación que nos permitan discernir la durabilidad rela-

tiva de los fenómenos. Los métodos interculturales podrían ser empleados en este sentido. Aunque la replicación intercultural es francamente difícil, la semejanza en una forma funcional dada entre culturas que fueran muy divergentes daría buena fe de su durabilidad en el tiempo. Las técnicas de análisis de contenido podrían también emplearse para examinar las explicaciones de períodos históricos anteriores. Hasta ahora, esas explicaciones han proporcionado bien poca cosa, excepto citas que indican que algún gran pensador presagió una hipótesis familiar. Tenemos que explorar todavía la vasta cantidad de información en cuanto a pautas de interacción en períodos anteriores. Aunque una mayor sofisticación en las pautas de conducta a través del espacio y el tiempo proporcionarían unas valiosas comprensiones respecto de la durabilidad, otros difíciles problemas se presentarían. Algunas pautas de conducta pueden permanecer estables hasta que sean examinadas de cerca; otras pueden simplemente volverse disfuncionales con el paso del tiempo. La confianza humana en el concepto de deidad tiene una larga historia y se encuentra en numerosas culturas; sin embargo, muchos son escépticos acerca del futuro de esta confianza. Las evaluaciones de la durabilidad deberían, por lo tanto, explicar tanto el potencial como la actual estabilidad en los fenómenos.

Aunque la investigación sobre disposiciones más duraderas es muy valiosa, no deberíamos por ello concluir que es también más útil o deseable que estudiar modelos de conducta pasajeros. La mayor parte de la varianza en la conducta social es debida, sin duda, a disposiciones históricamente dependientes, y el reto de capturar tales procesos "al vuelo", y durante los períodos propicios de la historia, es impresionante.

Hacia una historia social integrada

Se ha mantenido que la investigación en psicología social consiste, básicamente, en el estudio sistemático de la historia contemporánea. Como tal, parece miope mantener una separación disciplinaria de (a) el estudio tradicional de la historia y (b) otras ciencias históricamente limítrofes (incluyendo la sociología, la ciencia política y la economía). La sensibilidad y las estrategias de investigación propias del historiador podrían fortalecer el entendimiento de la psicología social, tanto pasada como presente. Especialmente útil sería la sensibilidad del historiador hacia las secuencias causales a través del tiempo. La mayoría de la investigación psicosocial se focaliza en segmentos de un minuto a lo largo de procesos en marcha. Nos hemos centrado muy poco en la función de esos segmentos dentro de un contexto histórico. Disponemos de escasa teoría que trate de la interrelación de acontecimientos a lo largo de períodos dilatados de tiempo. Del mismo modo, los historiadores podrían beneficiarse de las metodologías más rigurosas empleadas por los psicólogos sociales así como de su particular sensibilidad para las variables psicológicas. Sin embargo, el estudio de la historia, tanto pasada como presente, debería ser emprendido dentro del marco más amplio posible. Los factores políticos, económicos e institucionales son todos ellos *inputs* necesarios para una comprensión de forma integrada. Concentrarse sólo en la psicología proporciona una comprensión distorsionada de nuestra condición actual."

Kenneth J. Gergen (1998). La Psicología Social como Historia. En *La Psicología Social como Historia*, 177, 39-49. *Anthropos*.

Texto 3

Introducción

El tercer texto, de Bruner, trata del estudio de las estrategias cognitivas, que ha constituido uno de los temas privilegiados

de la práctica y reflexión psicológica y pedagógica en los últimos años, producto de los vertiginosos cambios tecnológicos que repercuten en el mundo en este final de siglo. Varias corrientes han subrayado su significación, a partir de aproximaciones teóricas y metodológicas del carácter más variado. Entre los múltiples pensadores que se puedan mencionar, uno que ocupa un lugar especial es Jerome Bruner.

En *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*, Jerome Bruner, protagonista de la revolución cognitiva crítica la desviación que se ha producido llevándola hacia el procesamiento de información; y busca proporcionar a la ciencia cognitiva, por medio de las páginas del libro, un acento más cultural donde el significado realiza la conexión entre el hombre y la cultura, y especialmente con la psicología popular como instrumento que permite renegociar permanentemente las diferencias de significado. A continuación, adjuntamos unos párrafos del primer capítulo de este libro, altamente recomendado.

Guía básica de lectura

1. Reconocimiento del origen para el autor de la revolución cognitiva.
2. Reflexionar sobre la importancia del paso de “la construcción del significado” en el procesamiento de la información.
3. Fijarse en la transformación de los procesos cognitivos en lenguaje de programación.
4. Incorporar el rol de la Psicología Cultural.

Elementos concretos para buscar y reflexionar

- Criterios necesarios presentados sobre la funcionalidad de una teoría en la nueva ciencia cognitiva.
- Efectos de la transformación de la revolución cognitiva: conceptos marginados.
- Entender el porqué de la propuesta de la vuelta al significado y a la interdisciplinariedad.
- El rol de la metáfora computacional en el desarrollo de la Psicología y los efectos sobre la disciplina.
- Las razones presentadas para rechazar el subjetivismo y la pretensión de universalidad.
- La importancia del lenguaje y la cultura en la psicología actual.

Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva

J. Bruner

“Quiero comenzar adoptando como punto de partida la Revolución Cognitiva. El objetivo de esta revolución era recuperar la ‘mente’ en las ciencias humanas después de un prolongado y frío invierno de objetivismo. Pero lo que voy a contar a continuación no es la típica historia de progreso que avanza siempre hacia delante. Porque al menos en mi opinión, actualmente esa revolución se ha desviado hacia problemas que son marginales con el impulso que originalmente la desencadenó. De

hecho, se ha tecnificado de tal manera que incluso ha socavado aquel impulso original. Esto no quiere decir que haya fracasado: ni mucho menos, puesto que la ciencia cognitiva se encuentra sin duda entre las acciones más cotizadas de la bolsa académica. Más bien, puede que se haya visto desviada por el éxito, un éxito cuyo virtuosismo técnico le ha costado caro [...]” (p. 19)

“Pero, para empezar, voy a contarles sobre qué creíamos yo y mis amigos que trataba la revolución allá a finales de los años 50. Creíamos que se trataba de un decidido esfuerzo por instaurar el significado como el concepto fundamental de la psicología; no los estímulos y las respuestas, ni la conducta abiertamente observable, ni los impulsos biológicos y su transformación, sino el significado. No era una revolución contra el conductismo [...]. Era una revolución mucho más profunda que todo eso. Su meta era descubrir y describir formalmente los significados que los seres humanos creaban a partir de sus encuentros con el mundo, para luego proponer hipótesis acerca de los procesos de construcción de significado en que se basaban [...]” (p. 20)

“[...] algo que sucedió muy temprano fue el cambio del énfasis del ‘significado H’ a la ‘información’, de la construcción del significado al procesamiento de la información. Estos dos temas son profundamente diferentes. El factor clave de este cambio fue la adopción de la computación como metáfora dominante y de la computabilidad como criterio imprescindible de un buen método teórico. La información es indiferente con respecto al significado. Desde el punto de vista computacional, la información comprende un mensaje que ya ha sido previamente codificado en el sistema. El significado se asigna a los mensajes con antelación.” (p. 21)

“Pero el procesamiento de la información no puede enfrentarse a nada que vaya más allá de las entradas precisas y arbitrarias que pueden entrar en relaciones específicas estrictamente gobernadas por un programa de operaciones elementales. Un sistema como este no puede hacer nada frente a la vaguedad, la polisemia o las conexiones metafóricas y connotativas. [...] El procesamiento de la información tiene necesidad de planificación previa y reglas precisas. Excluye preguntas de formación tan anómalas como éstas “¿Cómo está organizado el mundo en la mente de un fundamentalista islámico? O ¿en qué se diferencian el concepto del yo de la Grecia homérica y el del mundo postindustrial? Y favorece, en cambio, preguntas de este tipo: ¿Cuál es la mejor estrategia para proporcionar información de control a un operador con el fin de asegurar que un vehículo se mantenga en una órbita predeterminada?” (p. 22)

“Era inevitable que, siendo la computación la metáfora de la nueva ciencia cognitiva y la computabilidad el criterio necesario, aunque no suficiente, de la funcionalidad de una teoría en la nueva ciencia, se produjese el resurgimiento del antiguo malestar respecto del mentalismo. Con la mente equiparada a un programa ¿cuál sería el *status* de los estados mentales (estados mentales a la vieja usanza, identificables no por sus características programáticas en un sistema computacional, sino por su vitola subjetiva)? En estos sistemas no había sitio para la mente (mente en el sentido de estados intencionales, como creer, desear, pretender, captar un significado). No tardó mucho en alzarse la voz que pedía la erradicación de estos estados intencionales dentro de la nueva ciencia [...]” (p. 25)

“El renovado ataque a los estados mentales e intencionales venía acompañado de un ataque parecido al concepto de ‘agentividad’. Los científicos cognitivos, en general, no tienen nada que objetar a la idea de que la conducta está dirigida, incluso dirigida a metas. Si la direccionalidad está gobernada por los resultados de computar la utilidad de resultados alternativos, ésta resulta perfectamente admisible y, de hecho, constituye incluso

la pieza maestra de la 'teoría de la elección racional'. Pero la ciencia cognitiva, en su nueva modalidad, a pesar de su hospitalidad que exhibe hacia la conducta dirigida a metas, se muestra aún cautelosa respecto al concepto de agentividad. Porque la agentividad supone la conducta de la acción bajo el dominio de estados intencionales. De manera que, actualmente, la acción basada en creencias, deseos o compromisos morales –a menos que sea puramente especulativa en el sentido de Dennett– es considerada por los científicos cognitivos bienpensantes como algo que hay que evitar a toda costa." (p. 26)

"[...] estoy pasando demasiado atropelladamente sobre los reparos que suelen hacer que los científicos de la conducta eludan una psicología centrada en el significado, orientada culturalmente. Sospecho que son los mismos reparos que facilitaron el que la Revolución Cognitiva eludiese algunas de sus metas originales. Estos reparos se refieren fundamentalmente a dos cuestiones, que son, ambas 'cuestiones fundamentales' de la psicología científica. El primero tiene que ver con la restricción y depuración de los estados subjetivos, no tanto como datos de la psicología, ya que el operacionalismo nos permite aceptarlos, por ejemplo, como 'respuestas discriminativas', sino como conceptos explicativos. Y, ciertamente, lo que acabo de decir acerca del papel mediador del significado y de la cultura y su encarnación en la psicología popular parece cometer el 'pecado' de elevar la subjetividad a un *status* explicativo. Los psicólogos nacimos en el positivismo y no nos gustan las nociones relativas a estados intencionales, tales como la creencia, el deseo o las intenciones, como explicaciones. El otro

reparo se refiere al relativismo y el papel de los universales. Una psicología basada en la cultura suena como si inevitablemente tuviera que atascarse en el cenagal del relativismo precisando una teoría psicológica distinta para cada cultura que estudiemos." (p. 31)

"En una sociedad democrática, los intelectuales constituyen una comunidad de críticos culturales. Pero los psicólogos, desgraciadamente, pocas veces se han visto a sí mismos de esa manera, en gran medida por lo atrapados que están en esa autoimagen generada por la ciencia positiva. Desde ese punto de vista, la psicología se ocupa sólo de verdades objetivas y rehuye la crítica cultural. Pero hasta la psicología científica se moverá mejor cuando reconozca que sus verdades, como todas las verdades acerca de la condición humana, son relativas al punto de vista que adopte respecto a esa condición. Y conseguirá una posición más eficaz hacia la cultura en general cuando llegue a reconocer que la psicología popular de la gente corriente no es *simplemente* un conjunto de ilusiones tranquilizadoras, sino las creencias e hipótesis de trabajo de la cultura acerca de qué es lo que hace posible y satisfactorio el que la gente viva junta, aun a costa de grandes sacrificios personales. Este es el punto de partida de la psicología y el punto en que es inseparable de la antropología y las otras ciencias de la cultura. La psicología popular necesita ser explicada, no descalificada." (p. 45)

J. Bruner (1990). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.

